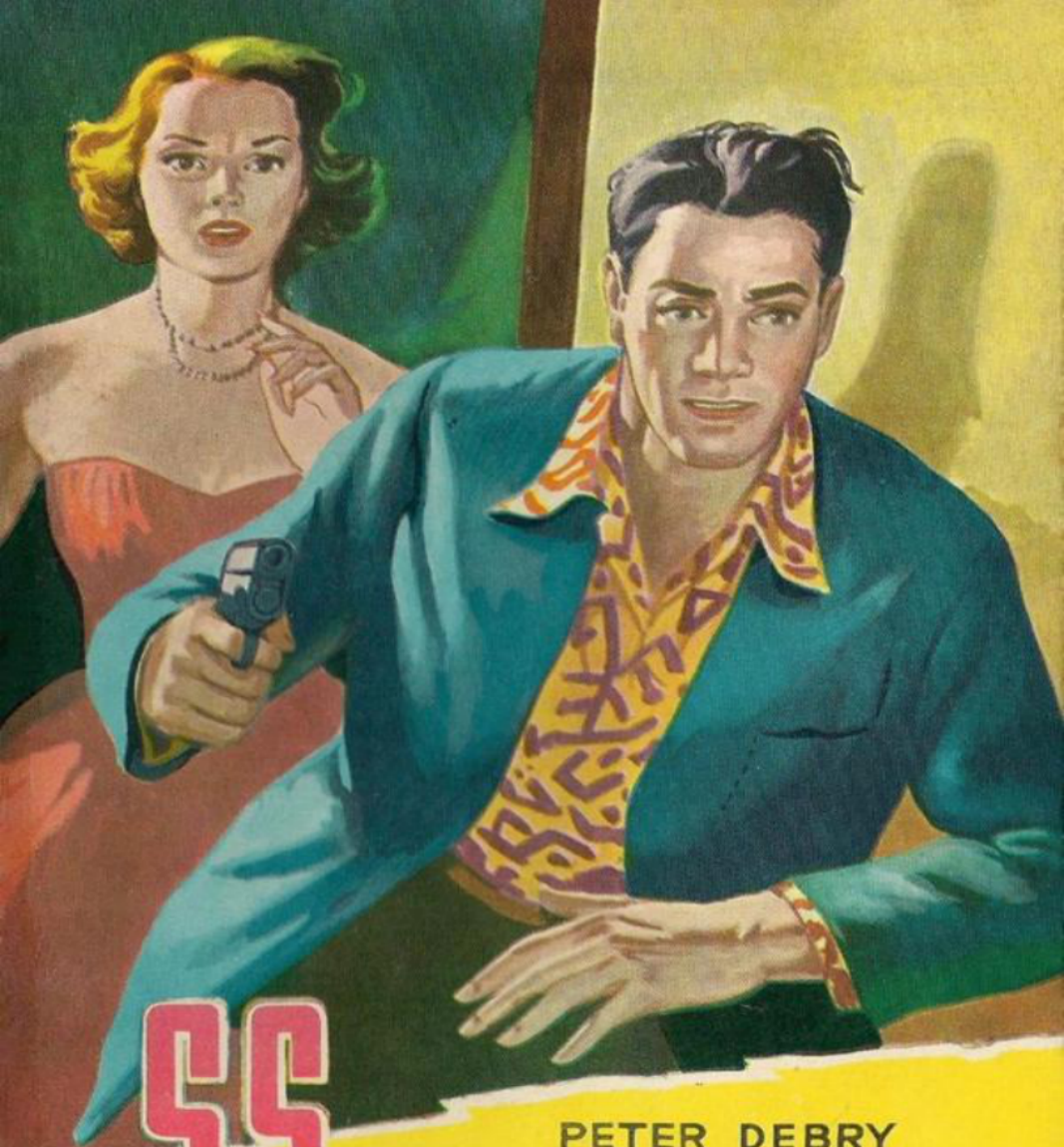




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

TURISMO SANGRIENTO

PETER DEBRY

TURISMO SANGRIENTO

1.^a EDICIÓN
DICBRE. – 1956



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

© FRANCISCO BRUGUERA - 1956

Impreso en los talleres de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. – Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:**

En Colección SERVICIO SECRETO:

263 — Ron Amargo. **265** — La muerte sobre ruedas. **274** — Horizontes febriles. **276** — Minutos antes de morir. **278** — Los marcados del Caribe. **294** — Técnico en raptos. **300** — Tras la pista del difunto. **308** — Los esqueletos del armario. **328** — El 13-13, número de la muerte.

En Colección PANTERA:

13 — Los guapos de la Legión. **18** — Tiburones en aceite. **41** — Zánganos en Arizona. **50** — Bajo la Cruz del Sur. **52** — Un legionario investiga. **55** — Robín de las Antillas.

En Colección CONGO:

26 — Soplo de terror.

En Colección CALIFORNIA:

4 — El regreso del cobarde.



CAPÍTULO PRIMERO

En el hotel al pie de las Blue Mountains finalizaba la primera escala del viaje. Pero Brent Carfax no imitó a los demás turistas, que tras de cenar, estaban rellenoando con fórmulas muy parecidas, las postales que habían adquirido para enviar a sus familiares y amistades.

Brent Carfax, un año antes, tenía fe en la amistad. Tuvo cuatro amigos, pero éstos se habían confabulado para cometer acciones poco amistosas, tales como dispararle por la espalda.

Y por eso la única postal que les podía haber enviado, no figuraba en el torno giratorio del kiosco de las Blue Mountains: No tenían ninguna representando un cementerio.

Brent Carfax no pudo reprimir una amarga sonrisa, porque pensaba que una postal con el cementerio, hubiese expresado su más ferviente deseo al añadirle en el espacio destinado a escribir la fórmula que estaban empleando muchos de sus desconocidos compañeros de viaje:

«Desearía, que pudieses estar aquí.»

Claro que los demás turistas se referían a compartir con sus amigos las bellezas del panorama que ofrecía el litoral noroeste de Australia.

Entre los varios aspectos curiosos de su caso personal, estaba el hecho de que no sabía con exactitud por qué empezaron a tirotearle sus cuatro amigos.

Para saberlo había regresado a su tierra natal. Para visitarles a

los cuatro separadamente, y preguntarles por qué por dos veces intentaron matarle.

Y como Hugo, Trevor, Clay y Bud, eran gente de áspero genio, Brent Carfax traía consigo como principal prenda de su equipaje un revólver «Colt» del calibre intermedio.

En la habitación del hotel, volvió a apreciar las ventajas de aquel calibre. Podía llevarse sin que abultase mucho, entre el cinto y la camisa, sobre la cadera izquierda. El mejor sitio para poder extraer con rapidez el armamento.

Se colocó ante el espejo del armario, practicando. Sus cuatro antiguos amigos no eran mancos precisamente.

Fué ejecutando maquinalmente la técnica de aquel aprendizaje. No debía inclinar hacia delante el busto, porque prevenía, al antagonista. Debía mantener la diestra sobre el botón central de la americana.

Y tan pronto el otro se pusiera nervioso, bastaba deslizar velozmente la mano hasta, la cadera izquierda.

Un año antes, los espejos le devolvían la imagen de un semblante risueño, fácil de contentar, propicio a la broma. Pero ahora, al igual que de amistoso el quinteto se había convertido en siniestro, el espejo le devolvía una imagen distinta.

La de un peso medio-fuerte esperando la señal del gongo para rematar al adversario. Bajo los rizosos cabellos negros, la frente tenía la doble arruga del ceño fruncido. Los grises ojos ya no tenían plácida tranquilidad, sino inquietud, y los apretados labios acababan de dar una expresión adusta al rostro de crispadas mandíbulas.

Realmente era un rostro ideal para ilustrar un cartel policial Con la mención «Reclamado por asesinato». Y éste iba a ser el final lógico, si no hacía las cosas con inteligencia.

Estuvo largo tiempo practicando, pero los resultados no acababan de complacerle. A veces el revólver parecía encallarse entre la ropa; otras, al sacarlo, su corto cañón estaba demasiado alto...

Cuando se durmió, tuvo de nuevo una de aquellas pesadillas en las que se veía disparando sin cesar, sin que las balas ejercieran el menor efecto en Hugo, Trevor, Clay y Bud, que se reían con siniestras carcajadas avanzando hacia él en compacto grupo refractario o toda perforación.

Por la mañana se instaló fatigado en su asiento del «pullman». Solo, en la última ventanilla donde ya el chasis se arqueaba sobre el tren posterior. A medida que el «pullman» aceleraba remontando

hacia el norte, ciertas sacudidas repercutían en el cuerpo de Brent Carfax. A veces era una vibración como si en sus costillas un arco hiriera una cuerda de violín.

Exactamente en el sitio donde un año antes, en Borneo, uno de sus cuatro amigos le alojó una bala.

Algún bache tecleaba en su hombro izquierdo, allá donde tres semanas antes, al poco de llegar a Sydney, un balazo le tumbó como bienvenida.

¿Cuál de los cuatro era el autor de los disparos? Durante su solitaria convalecencia, consiguió descubrir los paraderos del resto del quinteto.

Hugo Horsel residía en Bundaberg, la próxima, escala del viaje. Trevor Baker, en Mackay, Clay Burton en Cairns, y Bud Hardyng en Hayman Island.

Resultaba curioso que ellos cuatro hubieran elegido residencias escalonadas a lo largo del litoral llamado Great Barrier Reef. Una región muy pintoresca. Cerca de doscientas millas de islotes de coral a lo largo de la costa del condado de Queensland, la punta noroeste de Australia.

Cuando hubo averiguado en el censo de ex combatientes A. N. Z. A. S. [1](#), las últimas residencias de sus cuatro amigos, Brent Carfax halló el mejor procedimiento para visitarles sin despertar sospechas. Bastaba colgarse una máquina de retratar, y poner cara de turista extasiado, tomando pasaje en uno cualquiera de los «pullmans» que hacían el recorrido Sydney-Blue Mountains-Great Barrier Reef

La agencia de viajes que le estaba facilitando su marcha fúnebre en compañía del «Colt» como único amigo de toda confianza, era la «Kind-Rest» («Descanso Amable»).

Tarifa única: ciento veinte esterlinas australianas. O sea, que cada antiguo amigo le salía a un porcentaje de treinta libras.

El «pullman» dejó atrás una pancarta con la mención: «Bundaberg. —167 millas».

Mentalmente se anticipó Carfax a la llegada del autocar, anunciada para las seis de la tarde.

«Hola, Hugo. ¿Listos para llevar anclas? Antes yo acostumbraba a silbar esta preciosa melodía intitulada: «Nada mejor que un buen compadre». Y fíjate lo que son las cosas. Sin darme cuenta, la melodía, se ha convertido en una marcha fúnebre...»

Dejó de saludar mentalmente a Hugo Trevor, porque por el pasillo del «pullman» avanzaba una mujer, con el fácil equilibrio de persona acostumbrada a desplazarse por el largo bólido en movimiento.

La agencia «Kind-Rest» hacía las cosas bien. Quería asegurarse del confort agradable de sus pasajeros. Por esto, si el panorama exterior empezaba a cansar, bastaba mirar a Laura Keyne.

Era la azafata, y Brent Carfax la vió acercarse con cierta prevención. Seguramente venía a preguntarle si estaba cómodo, si disfrutaba de las bellezas panorámicas, y tal vez le colocase una almohadilla tras la nuca.

Antes le encantaba la solicitud ajena. Pero ahora deseaba estar solo. Cambiaba mucho el carácter, no ya tomar parte activa en una guerra, contra endiablados amarillos, sino forjarse una amistad con cuatro compañeros de equipo, y luego apreciar que le tomaban a uno por blanco de disparos por la espalda.

Y allí estaba la azafata. ¿Por qué deseaba demostrarle amabilidad, si él evidenciaba bien a las claras que no quería tratos con nadie?

Ella se detuvo a su lado, y en vez de la habitual sonrisa profesional, hizo una mueca severa.

—Está usted siempre solo y con cara poco divertida. ¿Hay algo que le disgusta?

—Nada en absoluto. No se preocupe por mí.

—Pero es que forma parte de mi trabajo, preocuparme por los pasajeros. ¿No le gusta el paisaje?

—Es fantástico, realmente grandioso, abrumador..., impresionante.

Sonrió ella:

—Estos son los adjetivos que figuran en el folleto-guía. Hace unos minutos le estaba observando, mientras usted miraba el paisaje. Y realmente, por su aspecto, parecía como si estuviera escogiendo el sitio más favorable para tender una emboscada a una diligencia.

—Ya no hay diligencias.

No había matado todavía a ninguno del cuarteto, y ya estaba aquella muchacha imaginativa, describiéndole como a un componente de un «gang» de atracadores.

Tenía que esforzarse por ser «más turista». Y trató de sonreír como lo haría un viajante de comercio, castigador y expeditivo.

—Se equivoca conmigo, preciosa. Yo estaba eligiendo el mejor sitio desde donde tender una emboscada a una rubia. Por cierto, usted es rubia y de calidad superior. Una coincidencia, ¿no?

—Es el tercer día que viaja usted en el «pullman», y acaba de descubrir que soy rubia. Si es siempre tan tardo en localizar las rubias, poco fruto le darán sus emboscadas.

—Tiene usted un modo de peinarse muy atractivo. Inspira deseos primitivos esa sedosa crin, que creo llaman «cola de caballo». Los de las cavernas encontraban muy útil este adorno capilar para arrastrar a sus conquistas hacia el hogar. Aunque a usted, el peinado le da aspecto de colegiala.

—Este peinado es el que está de moda. Y además, no soy colegiala, sino maestra de escuela en Sydney.

—Entonces, durante nueve meses aterroriza usted a tiernos infantes, y dedica los restantes tres meses de vacaciones a pastorear turistas.

—Así es. ¿Puedo sentarme? Me gustaría hacerle un par de preguntas.

Arrimándose más a la ventanilla, Brent Carfax encogió los hombros.

Laura Keyne se sentó, detallándole como si fuera un insecto curiosísimo, inclasificable sobre el cristal del soporte de un microscopio.

Tenía los ojos anchos y claros, una hermosa boca, un cuerpo muy femenino y una nariz muy linda, pese a que por lo visto le gustaba inmiscuirse en los negocios ajenos.

Brent recordó que debía comportarse como un turista descansando en unas bien merecidas vacaciones. Nada de rudezas...

—¿Puede decirme con exactitud por qué realiza esta excursión, señor Carfax?

—Me sobran ciento veinte libras y tiempo. Estas creo que son las razones principales por las que cualquier hijo de vecino se deja sacudir los huesos en un «pullman». Además, dicen que el litoral del Great Barrier es maravilloso. Un paisaje único.

—No sé por qué me parece que a usted el paisaje le tiene sin cuidado. No me juzgue entrometida, pero tengo una tarea que cumplir. Tengo que asegurarme de que todos los viajeros lo están pasando bien. Y por esto me tiene usted preocupada, con su aspecto de profundo disgusto. Es también usted tan distinto al resto del pasaje, que no sé cómo interpretarle.

—¿Por qué soy distinto a los demás?

—Principalmente, porque se da la casualidad de que va usted solo y no es de mediana edad.

Brent Carfax evocó de pronto a los demás viajeros. En efecto. Eran una manada de gente madura. La única pasajera joven era una muchachita de veinte años aproximadamente, con gafas que transparentaban una mirada resignada, y que viajaba en compañía de su mamá, obesa y autoritaria.

—No debe dejarse llevar por las apariencias —indicó Carfax—. Hay días en que me siento como un carcamal de ochenta años.

—Aparte recomendarle que asista a clase de mejora del léxico, señor Carfax, le diré que es imposible que se sienta usted como un hombre de ochenta años, puesto que cumplió exactamente veintiocho años el 13 de octubre último.

La diestra de Carfax entró en acción antes que su pensamiento, cerrándose con fuerza en torno a la muñeca femenina.

Su mirada, de nuevo endurecida, trató de penetrar en los claros ojos de la que, asustada, murmuró:

—Suélteme... Me hace daño.

Brent Carfax abrió la mano. Le estaba resultando muy sospechosa aquella maestrilla. Sobre todo, teniendo en cuenta que hacía más de cinco años que estaba ausente de su tierra natal.

—¿Cómo demonios puede saber cuándo y cuántos cumpla? Yo sólo escribí mi nombre al solicitar este viajecito. ¿Qué juego es el suyo, maestra?

—Mi juego es el rugby —replicó ella con ofendida dignidad—. No me perdía un solo partido de los «Hooka Paluka», en cuyo quince, el ala derecha era Wendel Keyne.

—¿Keyne? Así la llaman a usted, ¿no? ¿Qué diablos pinta usted en esto?

—Haga memoria. Cuando usted era el delantero centro del «Hooka Paluka»...

Trató de evocar la época lejana, aunque sólo hubieran transcurrido cinco años. Césped, líneas blancas, hombres con casco y espaldas almohadilladas. Choques, agarrones ansiosos, tratando de impedir que el cuero ovalado llegase a la meta. Multitudes aullando...

Y la roja cara del pecoso Wendel Keyne, tratando de avanzar a todo gas con el balón, mientras él empujaba adversarios, derribándolos o siendo aplastado en su intento.

Pero de la maestra azafata-preguntona, no tenía el menor recuerdo.

—Ni idea, muchacha.

—Yo esperaba que usted me recordase. Lo veía todo distinto a como ha sucedido. En vez de magullarme la muñeca, usted al mirarme, exclamaría riendo satisfecho: «Caramba, caramba, pero si es la linda hermanita del viejo Wendy-Wendy. La chiquilla que al final de los partidos estaba siempre dando vueltas en torno al ídolo Carfax, suspirando por una miradita».

Brent Carfax sonrió sin esfuerzo. Ya recordaba.

—¡Caray! Los milagros que hacen los años. Entonces eras una mocosa con trenzas, gafas, pecas y más flaca que una sardinilla.

—Pero usted era mi héroe, y cuando supe que se había alistado, coloqué en mi mesita de noche su retrato. Y soñaba que usted volvería lleno de medallas, y nos casaríamos.

—Las chiquillas tienen ideas necias.

—Es posible, pero al menos ahora ya sabes por qué estaba tan interesada en saber de ti. ¿Por qué te impresionó tanto que yo mencionara un hecho tan trivial como la fecha de tu cumpleaños?

«Diablos, Brent, piensa de prisa. Para este viaje necesitabas empaquetar una cabeza con más seso que la tuya. ¿Qué puedo decirle a esta preciosidad? ¿Cómo puedo razonar mi actitud de hombre inquieto? Al menos durante la guerra sacábamos ventaja de las depresiones nerviosas...»

—Tuve una depresión nerviosa, y respingo por cualquier cosa. El doctor me recomendó un cambio de ambiente, un viajecito tranquilo. Y como me harté de lanchas, elegí este «pullman».

—Cuánto lo siento, Brent. Supongo que sería porque trabajas demasiado, ¿no?

—Sí, tal vez...

—No estás casado, naturalmente.

—¿Por qué, naturalmente?

—Porque tu esposa viajaría contigo. ¿Dónde vives? ¿En qué trabajas?

Era preciso cortar esta antigua amistad de fanática adoradora deportiva.

—Trabajo principalmente en ocuparme de mis propios asuntos. Hay escasa competencia, porque hay poca gente que sepa ocuparse exclusivamente de sus propios asuntos.

No era una indirecta, sino un verdadero puñetazo en los dientes.

Laura Keyne deglutió rápidamente, hasta que supo asimilar:

—Me está bien merecido. Ya soy una mujer, y debo cesar de dar vueltas en torno a usted, señor Carfax. Espero que el resto del viaje le dejen tranquilo.

—Ojalá.

Ella se fué, y Brent Carfax no lamentó haber sido rudo. Necesitaba estar solo en aquel viaje muy especial.

CAPÍTULO II

Una pancarta anunció que Bundaberg sólo distaba quince millas. Iba acercándose a Hugo Horsel.

Ansiaba que Hugo Horsel hablase. Deseaba que él le contase toda la historia. Y que pudiera demostrarle que era otro el que había disparado. Si se negaba a hablar, tendría que devolverle la atención en forma de plomo.

Y sólo el pensarlo, le hizo sudar. A sangre fría nunca había matado. Era muy distinto practicar ante un espejo, a tener que alojarle un balazo al oso de Hugo Horsel.

La carretera se aproximaba ahora a instantes al litoral. El mar, con su eterna novedad de nuevo espectáculo, aunque fuera por todas partes lo mismo.

En aguas como aquellas, quietas y verdosas, entre las rocas de la rada, veía en su recuerdo a «Poppy», la lancha rápida de transporte, que durante la guerra habían tripulado como maniobreros del lanchón de desembarco.

Después, cuando acabada la guerra los licenciaron, ellos cinco habían podido adquirir la lancha, dedicándola a transporte. Estaban convencidos de que se harían ricos pronto...

Y de nuevo aparecía aquella maldita imagen, como en una película. Salvo que la cámara, en el momento culminante, funcionaba a sus espaldas.

Allí estaban los cuatro, en el embarcadero de la rada al oeste de Borneo.

Mucha gente quería abandonar Borneo clandestinamente, porque la comisión depuradora de actividades pro-japonesas estaba apretando de firme.

Y él, Brent Carfax, regresaba a la ciudad trayendo provisiones.

Allí estaban los cuatro: Hugo, Trevor, Bud y Clay. Alborozados. Diciéndole que habían conseguido el gran negocio. Un tipo que se había dedicado a vender provisiones a los japoneses, deseaba cambiar de aires.

Les fletaba el lanchón para llevarle a un puerto tranquilo al norte de Australia. Miró Carfax la línea de flotación. «Poppy» estaba muy cargada...

—¿Qué demonios lleva como equipaje ese tipo? —había

preguntado.

Los cuatro interpelados se miraron, dubitativos. Y fué Trevor Baker, el cerebro del grupo, quien replicó:

»—Cajas de mercancías. Cobraremos un buen pico, Brent.

»—¿Sí, eh? Y nos saldrá al paso cualquier patrullero. Cinco años de presidio por ocultación de reclamado. ¿Qué mercancías son?

De nuevo la actitud evasiva. Más de un año después, aún los estaba viendo como si estuvieran ante él.

Clay Burton, reclinado de lado en la última pilastra del embarcadero, junto a la pasarela, mirándole de soslayo con sus desvaídos ojos azules.

Trevor Baker, sentado en el bloque de amarra, haciendo oscilar una pierna, burlones los negros ojos de largas pestañas.

El fornido y obtuso Hugo Horsel, parpadeando. Era tardo en comprender las cosas, y sus grises ojos siempre parecían asombrados.

Bud Harding era el que estaba más excitado. Sus pardas pupilas tenían la expresión del que está eligiendo el mejor sitio anatómico para asestar un buen derechazo.

»—Esta es la ocasión estupenda de hacernos ricos y no vas tú a estropearlo todo —silabeó Trevor Baker.

»—Lo que quiero es salvaros del lío en que os habéis metido. ¿Dónde está el tipo que os ha contratado?

A su pregunta, le señaló Baker un punto de la playa, donde había cabañas.

Se volvió Carfax y había andado unos ocho pasos, cuando un proyectil del calibre 9 mm. le golpeó en las costillas, tumbándole boca abajo...

Y ahora estaba de nuevo estudiando la expresión de los cuatro pares de pupilas, tratando inútilmente de averiguar cuál de ellos le había enmarcado las costillas desde el punto de mira de un revólver.

El calibre de nada le servía como orientación, porque todos ellos habían conservado sus revólveres de reglamento, del nueve largo.

Cerró los ojos, porque resultábale obsesionante pensar sólo en aquellos cuatro pares de pupilas acechándole, vigilándole...

Y resultaba curioso que de nuevo tuviera la impresión de que estaban acechándole. Abrió los ojos con el convencimiento de que alguien le estaba espiando.

Un hombre estaba sentado al otro lado, pero no junto a la

ventanilla. No contemplando el paisaje, sino mirándole a él.

Un hombre de unos cincuenta años, sonrosado, calvo, con amables ojos...

—Hola. ¿Echando una siestecita?

—Sí —replicó adustamente Carfax.

—Me cambié de sitio, porque mi esposa y sus nuevas amistades, charlan infatigablemente. Por cierto, no hemos sido presentados. Me llamo Rosewall. Doctor Rosewall, medicina general, en Sydney. Según la lista, usted es Brent Carfax.

—Sí.

—¿Le molestaría que charláramos un poco?

—Sí.

—¿Quiere significar que le molesta?

—Acertó, doctor.

El médico rió, sin inmutarse.

—Será mejor que le revele la verdad. No me separé del grupo rehuyendo la charla, sino que vine a echarle un vistazo.

—Me di cuenta, aunque tuviera los ojos cerrados.

—Mucha gente cree que cuando alguien les mira fijamente, lo sienten. Pero no es así. Lo que sucede es que usted oyó a alguien caminando y viniendo a sentarse a poca distancia. Al despertarse, esta percepción sensorial auditiva se convirtió en la idea de que le estaban espiando.

—Muy interesante. ¿Y a dónde conduce su conferencia, doctor?

—Bien, usted es claro y rotundo. Correspondo. Esta preciosa mujercita, la señorita Keyne, me reveló que usted fué uno de sus ídolos deportivos. Y la pobrecilla está preocupada, ya que según propia confesión, usted viaja para reponerse de una depresión nerviosa. Y tal vez yo pueda serle útil.

—Posiblemente podrá ser útil, doctor, curándola a ella, si es posible. La señorita Keyne padece una enfermedad bastante contagiosa, que consiste en meterse en las vidas ajenas. ¿Cree usted que el contagio se extenderá?

El doctor Rosewall rió como quien oye un chiste gracioso, y contestó:

—Puede que tenga razón, aunque la señorita Keyne es amablemente oficiosa. Y no hace más que cumplir con su obligación. No hubiera prestado atención a su referencia con respecto a depresiones nerviosas, a no ser que mi esposa y yo esta noche ocupáramos la habitación contigua a la suya, Carfax. Recordará que los tabiques no eran muy gruesos que digamos... Me desperté varias veces, oyéndole caminar a lo largo y ancho de su

habitación. Y esta tarde he podido comprobar que usted no había dormido mucho.

—Suele ocurrir con frecuencia.

—Pero no es saludable. Si puedo serle útil, estoy de vacaciones y no cobraría nada por su caso.

—¿Quiere mi historial clínico, doctor?

—Si quiere relatármelo...

Brent Carfax sonrió ácidamente. Pensaba en la cara que pondría aquel oficioso medicastro, si le condensara su «caso», que venía a resumirse más o menos de esta manera:

«Anoche no dormí bien, doctor, por culpa de tener que practicar en el arte de sacar el revólver para matar antes que me maten. Hace tres semanas regresé de Borneo, donde un año antes, cuatro amigos míos me dejaron por muerto, después que uno de ellos me largó un balazo por la espalda. Una nativa de Borneo me recogió, me llevó a su cabaña, y me estuvo cuidando amorosamente. Lo siento. No era joven ni bonita, sino vieja y desdentada. Cuando me repuse del todo, tuve que empezar a ganarme el dinero del pasaje de regreso, más unos billetes para resistir. Cuando desembarqué en Sydney, hace tres semanas, un condenado periodista, sin yo saberlo, publicó un reportaje. Algo de eso que llaman los periodistas un relleno. «As del rugby regresa de la guerra». Reportaje que mis compañeros de fatigas debieron leer y les molestó que no hubiera cumplido con mi obligación, que era morirme desangrado allá en Borneo, mientras ellos salían escapados con «Poppy». Tres días después que fuese publicado el reportaje, alguien me esperaba en la esquina de la calle donde heredé la casa familiar. Me largó otro balazo, y no pudo rematar, porque acudía gente. Yo conseguí esconderme, ya que no quiero publicidad. Y al estar de nuevo en forma, me hallo en camino para visitar a mis antiguos camaradas. Tengo que hacer algo, antes de que ellos acaben conmigo... No diré que valoro en mucho mi vida, pero ya sabe lo que pasa doctor. Hasta el mendigo le coge cariño a su propia piel. Y yo deseo poder continuar viviendo, pero para ello he de suprimir a mis cuatro camaradas. Estos son los síntomas de mi caso clínico, Doc...»

Brent Carfax dijo en voz alta:

—Está de vacaciones, doctor... Continúe aprovechándolas. No pase, nada con mi salud. Nada de particular. Gracias de todos modos, doctor.

El médico se levantó:

—No hay por qué darlas, Carfax

Regresó a su butaca hacia el centro del «pullman». Brent Carfax volvió a cerrar los ojos, tratando de descansar. Oyó el peso de alguien haciendo gemir el butacón a su lado.

El nuevo importuno era también un cincuentón, con un rostro casi cuadrado, pictórico de sangre y energía aparente. Chaqueta deportiva y pantalones de golf, con medias a rombos rojos y verdes. Gruesos zapatón. Una camisa de un hermoso verde que daba, ganas rebuznar...

Carfax lo recordaba a aquel pasajero. Varias veces había indicado con firmeza, a la señorita Keyne determinadas modificaciones convenientes en el horario. Modificaciones que la señorita Keyne, con no menos firmeza, había rebatido amablemente.

—Le oí cuando charlaba con el matasanos. Mi butaca está dos filas delante de la suya, y no pude evitar el oírles. Hizo usted muy bien en mandarle al doctor la mejor receta, que es la de ocuparse de sus propios asuntos.

—Seguro... Ya empiezo a coger practica repitiendo la recetita —aseguro sarcásticamente Carfax.

Un sarcasmo en vano.

—Me llamo Lewis Nilsen, y pienso como usted. Sí, señor. Cuando un hombre cae en manos de un fabricante de píldoras, ya está listo. Fíjese en mí. Nunca he estado un solo día en cama, enfermo. ¿Sabe por qué? Porque sé mantenerme alejado de los médicos.

—Yo también, cuando puedo, me mantengo alejado de la gente.

—Mal hecho, mal hecho... La soledad perjudica... Debe mezclarse con la compañía. Un viaje como éste es saludable si se comparte en amistosa camaradería. Conozco a los demás. Charle, escuche, haga nuevos amigos...

Era imposible ahuyentar a aquel charlatán con indirectas.

—Escuche, Lewis Nilsen. Me gustaría poder estar solo, y descansar. ¿Le importa dejarme solo?

—Al instante, al instante. Me doy cuenta cómo se encuentra. Fatigado. Sólo he querido levantarle un poco la moral. Estoy seguro que en pocos días verá todo de nuevo de color de rosa, y dormirá como un bebé.

Se levantó, dedicando una amistosa palmada en el ancho hombro de Carfax.

El viaje empezaba a complicarse, si cada pasajero del autocar acudía para «levantarle la moral». Indudablemente la intención era

buena. Pero ninguno de ellos iba a conseguir que en pocos días viera las cosas color de rosa.

Y mucho menos mientras tuviera un vislumbre de sospecha de que era muy posible que alguno de sus cuatro antiguos compañeros supiese que él, Brent Carfax, se hallaba en aquel «pullman» que remontaba la carretera hacia el norte, pasando sucesivamente por Bundaberg, Mackay, Cairns y Hayman Island, actuales residencias respectivamente de Hugo Horsel, Trevor Baker, Clay Burton y Bud Harding.

CAPÍTULO III

Brent Carfax corrió las cortinas de la habitación. Segunda escala. En el hotel de Bundaberg, seleccionado por la agencia «Kind-Rest». Por fin estaba en Bundaberg. Por fin iba a verse con Hugo Horsel.

El Gran Oso, le llamaban allá. El gran oso podía hablar o podía encerrarse en mutismo ceñudo. Suponiendo que fuera Hugo el que le disparó en la playa de Borneo, podía ser también que alguno de los otros tres le enviase el periódico con una nota sobre el enmarque del reportaje:

«¿Te acuerdas de Brent Carfax? Ahí lo tienes, Hugo.»

Y naturalmente, Hugo Horsel acudía a toda prisa a Sydney para acabar con él. Tenía ahora que ganarle por la mano.

Comprobó que el tambor contenía los seis cartuchitos adecuados. Puso el seguro, y apartó un poco la cortina. Veía el patio del hotel, donde Laura Keyne anunciaba al grupo que aquella noche, en honor de los turistas, algunos jinetes de Bundaberg lacearían y derribarían reses, en un colorido festival muy semejante a los rodeos yanquis.

Él no iba a acudir al festival, porque tenía otro más importante en perspectiva. Visitar a Hugo Horsel. Una res. Lacearla, derribarla, oírla mugir...

Abrió un poco la ventana, para oír mejor a la azafata:

—...Acudirán buenos tiradores de las haciendas cercanas...

Cerró malhumorado. ¿Conque acudían tiradores a Bundaberg, eh? Él era uno más. Sólo que de incógnito. Y no acudiría al rodeo. Ya le había especificado a Laura Keyne que tenía dolor de cabeza, y pensaba aprovechar la noche para dormir.

Estaba empezando a dominar el arte de la mentira. No cabía duda que se proponía aprovechar la noche, sólo que iba a dormir muy mal, tanto si lograba que Hubo hablase como si tenía, que blearle.

Miró su reloj. Las siete y diez minutos. Ya había mirado la dirección de Hugo Horsel, de nuevo, en la guía telefónica. Tenía hasta un anuncio aparte.

Reparación de coches. Muy lógico en Hugo Horsel, que era un

buen mecánico, cuando le daba la gana de demostrarlo y quería trabajar.

«Abierto hasta las diez de la noche», decía el anuncio.

Podía tomarse unos instantes de reposo, decidió echándose vestido sobre la cama. Pensando de nuevo en el quinteto siniestro que formaban.

Le habían baleado en Sydney. Había estado curándose él mismo, y evitó que nadie se enterase, salvo el que disparó, y no pudo tampoco esta vez acabar con él.

¿Hugo, Trevor, Bud, Clay? Uno de ellos, era infalible. ¿Cuál? Lo cierto es que desde Sydney tenía la impresión de que alguien le vigilaba estrechamente.

Pequeños detalles difíciles de precisar: pasos que desde lejos correspondían a los suyos por las calles de Sydney; una figura vagamente familiar entre la muchedumbre; su maleta ocupando un sitio distinto a aquel donde él la había dejado... Podían ser figuraciones. Podía ser realidad.

Cerrados los ojos estaba preparándose mentalmente para su entrevista con Hugo Horsel. Un tipo duro, pesando cerca de los noventa, que parecía tardo, pero se arrancaba con la embestida de un búfalo...

Sudando repentinamente, se removió. Acababan de abrir muy suavemente la puerta de su habitación...

Como un hombre adormilado se movió a un costado, de modo que pudo deslizar la mano diestra hacia su cadera. Había alguien detenido en el umbral.

Tomó aire en profunda inhalación, y se incorporó súbitamente, encañonando el umbral.

No era Hugo, ni Trevor, ni Cay, ni Bud...

Era una mujer. La maldita maestra-azafata, Laura Keyne.

Que miraba asustada su mano armada, susurrando:

—¡Brent! ¿Qué es... eso?

Carfax escondió de nuevo su revólver y rezongó furioso:

—¿Entra en tus funciones escurrirte dentro de las habitaciones sin llamar? Debe proporcionarte este método bastantes sustos.

—Lo siento mucho, Brent. Supuse que estabas durmiendo, y como el doctor Rosewall, sabiendo que tenías dolor de cabeza, me dió esta receta, y yo... pensaba dejarla en tu mesita de noche.

—Ya has crecido bastante, Laura. Yo creí que te comportarías como una mujer y no seguirías siendo la mocosa dando vueltas en torno mío.

—Esto no es dar vueltas... Es mi trabajo, y debo preocuparme

de que todos los pasajeros se sientan bien.

—¿Sí?... Pues yo gozo mucho sintiéndome mal. O sea, que déjame gozar solo.

—Brent... Ese revólver que... sacaste tan inesperadamente...

—Desde la guerra duermo siempre con armamento. Una costumbre que no puedo olvidar.

—No te creo. Y empiezo a pensar que te sucede algo, Brent.

—Lo que me sucede es que no sé cómo verme libre de tus atenciones turísticas.

—Brent... ¿Puedo ayudarte en algo? Has cambiado mucho.

—Claro, como tú. Y no te preocupes por mi revólver. Tengo licencia, y es una reacción natural que me agarre a la culata, si oigo a alguien escurriéndose en mi habitación. Además... estaba convencido de que la había cerrado.

—Sí, pero tiene un pestillo doble. Sólo cerraste el de contacto, no el que inmoviliza el paño. ¿De veras no te ocurre nada de extraño, Brent?

—Nada en absoluto, muchacha. Y si ahora le vas con el cuento al doctor Rosewall de que me despierto agitando revólveres, el resto del pasaje se pondrá muy nervioso creyendo que padezco manía homicida.

—No tengo por qué citar para nada esto, ya que no se relaciona con mi trabajo. Bien, tengo que acompañarles al festival. Hasta luego, Brent.

Esta vez cerró los dos pestillos. Maldiciéndose entre dientes. Era realmente un genio en cuanto a estupidez. Echarse a dormir, con la puerta que podría abrirse empujada por Hugo, Trevor, Clay, Bud...

Por la ventana estuvo al acecho, hasta que vio a Laura Keyne «pastoreando» al grupo dentro del autocar, que arrancó llevándoselos a todos a la hacienda ganadera que, en combinación con la agencia de viajes, daba festivales típicos.

Entonces revistió su equipo completo de turista: Camisa hawaiana, pantalón franela, americana azul de punto, zapatones cómodos para andar leguas. Y la cámara fotográfica al hombro.

Ya era, oficialmente, un turista más.

Bundaberg, una más de las ciudades australianas. Con sus ganaderos de paso, procedentes de las numerosas haciendas del interior. Anchos sombreros, botas, zahones... Como en el Oeste americano.

Edificios de todas clases, y una diferencia con el estilo yanqui. Los «drug-stores» aquí se llamaban «chemistry». Pero, al igual que

en aquéllos, se podía encontrar todo lo más esencial. Hasta teléfono público.

Marcó los números correspondientes.

Una voz huraña, áspera, repitió:

—«Garaje Horsel», «Garaje Horsel»...

El buen oso grande. El buen Hugo. Con su cara de torta...

Brent Carfax elevó la voz hasta hacerla aguda:

—Habla Patrick Kendal. Tengo un coche que me gustaría vender.

—Todos quieren vender, y pocos comprar. Tengo coches para vender, y me sobran.

—No pido mucho. Lo gané a los dados a un buen amigo. Y ya tengo el mío propio. Me contentaría con un par de cientos.

—En ese caso, tráigalo.

—No podré llegar hasta dentro de un par de horas.

—No importa. Trabajo hasta las diez.

Algo le había modificado las costumbres al dormilón de Hugo. Posiblemente tenía insomnio ahora.

—De acuerdo, Horsel. Dentro de un par de horas.

Abandonando el local, Carfax estimó que debía pensar constantemente que Hugo Horsel había sido un campeón de boxeo de los ANZAC.

Regresó al hotel. Nadie sabría que había ido a telefonar. Ahora esperaba el regreso de los turistas. Y hacia las nueve y media se pondría en marcha.

Su plano le detallaba hasta en metros la extensión de las manzanas de casas. Y el «Garaje Horsel» estaba sólo a media milla de aquel hotel.

Un sitio apropiado para un garaje. En las afueras. En la carretera que unía Bundaberg con Mackay. Su número ocupaba en el plano un solo recuadrito. Nada de casas contiguas. Sitio ideal para una charla confidencial, cordialmente, mano a mano.

Oyó el familiar ruido del autocar, que poco después iba vaciándose de su humano contenido. Oyó desde la galería del patio, comentarios:

—¡Formidable exhibición de tiro la del apuesto Munroe!

—Un guapo mozo, ciertamente —opinaba el doctor Rosewall.

Que pasando por su lado, inquirió:

—¿Mejor de la jaqueca, Carfax?... Lástima que se perdiera el festival ganadero.

No hablaba como un hombre enterado de que el insomne Carfax se despertaba empuñando un revólver.

—Hubo hasta tiro al blanco, ¿no, doctor?

—Sí, y ganó de lejos un excelente muchacho llamado Derek Munroe. Buen jinete y excelente tirador.

Callaron ambos, y se oyó la voz de una señora comentando:

—No veo dónde está el señor Munroe.

—Muy interesado con la señorita Keyne —aclaró otra.

—Indudablemente, Derek Munroe estaba glorioso a caballo. Es una lástima que ahora conduzca un coche.

—No puede ir a caballo persiguiendo bandidos, señora —refutaba, doctoralmente, Lewis Nilsen—. Su coche es el mejor vehículo para un policía.

Brent Carfax se estremeció. El doctor Rosewall dijo, encendiendo su cigarro:

—Resulta que Munroe es algo así como inspector de carreteras del condado de Queensland, siendo su sector de vigilancia precisamente el que empieza aquí en Bundaberg y termina en Hayman Island.

—Yo creí que era un Gary Cooper australiano.

—Circunstancialmente, sí. Estaba en la hacienda, y en nuestro honor hizo algunas exhibiciones. Bueno, voy a recoger mi guía.

Se marchó hacia las habitaciones y Carfax salió al exterior. Dirigiéndose hacia el coche policial, un veloz «Kerra 12». Orientado por la rubia cabellera.

—Siento interrumpir, pero esta noche es una de las que los turistas tienen que pagarse la cena. ¿No?

Laura Keyne, sobresaltada, se volvió hacia él.

—Hola, Brent. Sí... Esta noche la cena no corresponde a la agencia.

—Gracias por el informe —contestó Carfax, sin apartarse de la ventanilla.

Ella, esperó un momento, y dijo por fin:

—Brent, te presento a Derek Munroe, inspector de carreteras del condado. Mi amigo Brent Carfax.

Un hombrón acodado al volante, ondeó una manaza, y saludó cansinamente:

—¿Qué tal, Carfax?

No había alarma. Laura Keyne no había hablado del revólver... Pero aquel apuesto tirador le estaba resultando antipático, con sus modales de *bushman* protector.

Derek Munroe llevaba ancho sombrero ribeteado, una cazadora gris, y pantalón largo con reborde de piel. Botas sin espuelas. Pero con las huellas.

—Según he oído comentar a las solteronas, monta usted como Gary Cooper. Dicen que a caballo forma usted un conjunto ideal con el bruto, de tal modo que no se adivina dónde está el caballo y dónde empieza el hombre.

—¡Brent! —protestó Laura, indignada. Y volviéndose hacia el policía inspector de carreteras, expuso—: Es una broma.

Derek Munroe parecía estar meditando el chiste. Dijo por fin:

—Lo único que pasa es que hay bromas que tienen gracia. Otras que no. Esta se la contaré al caballo, a ver si él se ríe.

—Je, je —silabeó Carfax—. Tiene chispa el *sheriff*.

Aquel tipo de ojos azules y cabello rizado castaño se le estaba atravesando indigestamente.

—No soy *sheriff*, sino inspector a las órdenes de Garl Howard, el constable. Mi misión es evitar que ningún coche fugitivo pueda circular libremente en el sector Bundaberg-Hayman. ¿Aclarado, Carfax?

Removiéndose con cierto nerviosismo, rió Laura Keyne:

—Bien, bien... ¿Dónde vas a cenar, Brent?

—Contigo, donde sea.

—Ya cené en la hacienda, Brent.

Esto lo sabía Carfax.

—Entonces, probaré qué tal se come en el «Kukcapoo». Adiós, *sheriff*.

Se alejó del coche del inspector de carreteras, antes que las bromas se convirtieran en acidas. Había ya medido el metro ochenta de Derek Munroe. En altura y peso, empatados.

Y yendo hacia el «Kukcapoo» pensó que si había sido algo estúpido con Derek Munroe, se debió a la inquietud que le produjo el saber que un policía, aunque fuera un vulgar tragamillas, andaba rondando el «pullman».

Permaneció unos instantes en el restorán. Los suficientes para servirse del automático, y poder explicar los detalles de decorado, camareras y mobiliario. La coartada...

Esta palabra le hizo acelerar los latidos del corazón a medida que se aproximaba al garaje. Pasó por delante desde la cuneta más alejada. Dió media vuelta y de nuevo pasó por delante.

Las únicas luces encendidas estaban proyectadas en la nave de reparaciones. En una esquina, sobre el banco de carpintero, había un individuo grueso inclinado, vistiendo un mono gris. La casa más próxima, estaba a unos quinientos metros.

Brent Carfax deslizó la diestra hacia la cadera, al atravesar la carretera. Entró. Y Hugo Horsel siguió trabajando, inclinado, sin

oírle, porque el torno limador silbaba agudamente.

Las anchas espaldas de Hugo Horsel eran un blanco infalible. Estaba casi convencido de que Hugo no diría una sola palabra. Y podía embestir como un búfalo...

Pero Brent Carfax apartó el índice del gatillo. Estaba acostumbrado a dar una palmada en las espaldas ajenas, no a incrustar una bala en ellas.

CAPÍTULO IV

Brent Carfax atrajo hacia sí la puerta, cerrándola. Con fuerza. Y Hugo Horsel se volvió. Permaneció unos instantes parpadeando como un oso deslumbrado. Boquiabierto, colgantes los largos brazos, meneando la cabezota, arrugando la nariz de pronto, y por fin balbuciendo un gruñido:

—¡Brent...! ¡Sopla! Es Brent.

—Y lo que sigue es... ¡Sopla, Brent, te creía bien muerto!

—No te creía muerto, Brent. Un tipo de Sydney me envió el recorte de periódico donde venías tú, y aunque los periódicos meten muchos cuentos, no... tantos, no... ¡Brent, viejo compadre, me alegra verte!

Se adelantó lentamente, frotándose la mano en la tela del mono. Y permaneció con la diestra tendida a dos pasos. Con una sonrisa fija en los labios.

Una sonrisa tan alegre como la de un hombre sentado, esperando que el dentista acerque más el buril giratorio al nervio sensible.

—¿Quieres que nos estrechemos las manos, Hugo? No puedo. Me lo impide esto —y Carfax elevó un poco el revólver.

Hugo Horsel dió un paso atrás, y gruñó:

—Esto es un revólver.

—Es fantástico el poder de deducción que posees, Hugo. Te aclaro que es del calibre 7'65, está bien engrasado, y si aprieto el gatillo salen seis bonitos pajaritos. Todos con premio seguro.

—¿Y qué... qué haces con ese revólver, Brent?

—Por ahora, nada. Sólo llevarlo cogido por el buen extremo. Y verte al otro. Tengo licencia, y así es menor la condena si disparo. Hay rebaja cuando se dispara con licencia.

El rostro de Hugo Horsel iba adquiriendo un color bastante idéntico al de su mono. Sólo que la tela no podía sudar.

—Tú... ¿tú quieres dispararme...?

—Eso es lo curioso. Creí que sólo verte me daría epilepsia en el índice contra el gatillo. He sabido dominarlo. ¿Y cómo demonios se te ha ocurrido la idea de que puedo disparar contra ti, Hugo?

—Sopla... Quizá tengas la idea estúpida de que yo fuese el tipo que te disparó allá en Borneo... No te pongas así, Brent... No estoy

diciendo que seas un estúpido, y comprendo que estés furioso. Es natural. Un hombre discute con sus amigos, empieza a andar y le soplan un tiro...

—Supongo que quieres decir que lo natural es que entre amigos sea una costumbre soplarse tiros por la espalda.

Hugo Horsel se pasó una manga por la frente. Nunca había brillado por su talento ni conversación.

—Lo que quiero decir es que lo natural es que luego... se ponga furioso. Y ahora... es natural que estés furioso.

—También veo natural que fueses tú el que me atizó el balazo.

—Estás equivocado, Brent. Recuerda que había en la playa dos soldados indígenas. Uno de ellos, te vió excitado, te dió el alto, tú no le oíste y como era un tipo estúpido, te disparó. Yo estaba entrando en «Poppy»...



Se enzarzaron en un brutal combate...

—Pero lo viste todo, ¿no?

—Me lo contaron después. Nos pensamos que te había matado, y perseguimos al idiota del soldado indígena...

—No era tan idiota, no. Porque cualquiera que pueda disparar un cartucho de pistola, del calibre nueve, apretando el gatillo de un fusil del ejército es realmente un soldado muy listo, por indígena que sea.

—¿Era del calibre nueve, pistola? Ah, sí. Te dispararía con su

pistola, ahora que recuerdo. Y todos corrimos.

—Sí, hacia dentro de la lancha.

—No, no. Sopla... Llegamos donde estabas tendido. Eso es.

—Comprendo tu molestia, chico. Perdóname, Hugo. Comprendo que te cueste explicar por qué no me recogisteis, por qué no me llevasteis a bordo, por qué no me curasteis. Sólo me dejasteis allí, tendido boca abajo, desangrándome. Avisasteis al pasajero clandestino, y a todo gas os largasteis.

Horsel tragó saliva con dificultad. Como si tragase un pistón de coche.

—Bueno... Puesto así suena feo, Brent. Lo reconozco. Sólo que has de recordar que teníamos que salir escapados, porque ya estaba el cargamento a bordo y la policía buscaba al sujeto... Y tú parecías muerto. Pero te consta que yo no te disparé. Nos llevábamos bien, Brent. Yo soy tu compañero, ¿te das cuenta? Pídeme lo que quieras, y te doy hasta la camisa.

—Tu camisa sólo la quiero cuando tenga un par de agujeros oliendo a pólvora fresca.

Hugo Horsel volvió a enjugarse el sudor con la manga.

—Estás equivocado conmigo, Brent... Tal vez fuese uno de los otros tres. Te juro que soy sincero, Brent. Yo entraba en el lanchón cuando sonó el disparo... Me asomé y ellos me dijeron no sé qué. Todo estaba confuso en aquel momento. Podía echársenos encima la policía colonial. Vete, a ver a los otros tres. ¿Sabes dónde encontrarlos?

—Ve rezando, Hugo. Piensa sólo en ti, viejo compadre. Ve rezando, Hugo.

—Escucha, muchacho... Atiende, hombre... Si me tumbas, te cogerán, y entonces nunca podrás averiguar quién te disparó.

—¿Qué te hace suponer que me cogerán?

—¡Sopla! Cualquiera sabrá que fuiste tú...

—Nadie sabe que estoy aquí, salvo tú, cariño. A nadie le he contado lo que me sucedió en Borneo. Y explicárselo a la policía, ¿de qué me hubiera servido? ¿Qué pruebas tengo? No, Hugo, abandona toda ilusión. No hay ningún policía, por listo que sea, que pueda relacionarme a mí con tu putrefacto fiambre.

—Pero... ¡los otros tres sabrán! Trevor, Bud y Clay.

—Posiblemente, cuando se enteren, ya les habré saltado encima.

Hugo Horsel dió unos pasos atrás. Relamiéndose los labios, echó una ojeada al banco de trabajo, con sus herramientas. Pareció estudiar la posición de una palanca de hierro. Su diestra se apoyó

sobre el banco.

—Te sigo la buena intención, Hugo. Estás pensando que puesto que nadie sabe que he venido, si tienes la ocasión de dejarme fuera de combate, y echarme en cualquier descampado, ya has resuelto tu pejiguera... Pero si yo estuviera en tu sitio, comprendería lo poco que pesa una palanca de hierro contra un ligero proyectil del 7'65, que puede repetirse, seis veces.

La diestra velluda se crispó, apartándose de la palanca.

—Escucha, Brent. Hay un tipo que va a venir. Tal vez dentro de un segundo. O quizá esté fuera, oyendo... Y puedes no salirte con la tuya, porque luego te echaría a la policía tras los tacones

—Uno llamado Patrick Kendal, ¿no?

—¡Eso es! Y puede llegar de... un momento a... y... La repentina sospecha hizo bajar la cabeza a Hugo Horsel, que añadió, débil la voz:

—Tú fuiste el tipo que me telefoneó.

—No se te escapa nada, Hugo. Por lo tanto, tranquilízate. Nadie nos estorbará. Ve rezando...

—Un momento, Brent, un momento. Hemos de hablar... Tengo una idea, palabra... Tengo una buena idea.

—¿Es posible?... ¿Tú, una buena idea? No puedo aguardar mucho tiempo, Hugo. Necesito mi coartada, ¿comprendes, viejo?

Con un gran esfuerzo, Hugo Horsel dijo apresuradamente:

—Puedo darte una buena tajada de millón, Brent. Sí, un cuarto de millón. Basta que te guardes el revólver.

—Primero háblame del cuarto de millón. Una cifra abrumadora. Y tú, por el aspecto, no has visto ni cinco billetes de mil juntos...

—¿Sí? Pues tal como me ves, estoy a punto de ganarme medio millón. Y nada de papel. Medio millón en oro.

—Seguro. Tienes el mapa, del capitán Kidd, el plano del tesoro de Moctezuma, y la llave de los cofres de Ali-Babá. También el de la mina del Holandés. Un viejo minero en su lecho de muerte, te dió el plano. Hemos de buscar una montaña que al crepúsculo echa una sombra como de cráneo gigante sobre un valle desierto, pero sólo en la épica de la luna llena...

—El mapa que tengo no es mina ni nada. Es el del sitio donde se hundió «Poppy».

—¿«Poppy», nuestra vieja lancha? Bien comprada, no vale arriba de cinco mil. Invento otro cuento y corto. Me entra tembleque en el índice gatillero.

—¡Es la verdad, Brent!... La pura verdad, caray...

Transportamos medio millón en lingotes oro. El sujeto que nos alquiló «Poppy» había recogido muchas joyas durante la ocupación japonesa. Y las fundió en lingotes. Estaban en las cajas que te dijimos eran de mercancías. Yo les dije a los otros tres que debíamos explicarte lo que había en las cajas. No quisieron.

—Ahora comprendo por qué estabais tan apurados. Pero ¿quién me disparó?

—Te lo juro que no lo sé. Yo estaba dentro de «Poppy». ¿Hablamos o no de este medio millón?

—¿Y el sujeto que era el amo de las cajas con los lingotes?

—Oh, bueno... Ya sabes que había varias brechas en la borda de «Poppy». El sujeto tropezó y se cayó al mar.

—Tropezó en uno de vosotros, ¿no?

—No tengo la menor idea. Yo estaba en la cabina de mandos.

—Ya. ¿Y luego qué pasó?

—Nos acercábamos ya a la punta de Great Barrier Reef, tras una larga travesía penosa, cuando se acabó el combustible. Fuimos a la deriva, y por suerte era de noche. Topamos con arrecifes, y «Poppy» se hundió. Entre dos lenguas de coral. Bien aprisionada al fondo, con treinta metros de agua encima.

—Un equipo de buzos, y ya está. Y si te han tocado cerca de ciento veinticinco mil en oro, ¿cómo estás aquí en esta pocilga, lleno de grasa hasta las cejas, embustero?

—Eres un tipo que se pasa de listo, Brent. Aquello es una laguna, y no un sitio desierto. Con docenas de cabinas para bañistas y pescadores. Siempre hay alguien, y llamaríamos la atención vestidos de buzo. Apenas se sumergiera uno de nosotros, ya vendrían curiosos, y no íbamos a ahuyentarlos a tiros, ¿verdad?

—Los tiempos han cambiado. Ahora tenéis escrúpulos.

—Fué Trevor el que ingenió el mejor plan. Nos íbamos a repartir por cerca del litoral. Trabajaríamos, y poco a poco, sin despertar sospechas, cada uno de nosotros iría comprando las cabinas y el terreno en torno a la laguna. Entonces bastaría cerrar la carretera como propiedad privada, y sumergirnos tranquilamente. Pero aún tenemos que comprar seis cabinas.

Rió Carfax con exuberante sarcasmo. Justicia poética. Los cuatro se habían confabulado para hacerse ricos pronto, y ahora llevaban más de un año ahorrando chelín por chelín, comprando solares y cabinas playeras.

—El destino tiene a veces un gran sentido del humor. Pero esto no lo comprendes, Hugo. Has mencionado un cuarto de millón para mí. Si ahora somos cinco para repartir medio millón, ¿cómo

demonios me toca un cuarto? ¿O es que los cuatro habéis decidido ser tan generosos, como para darme la mitad del lote completo?

—No hemos hablado de ti.

—Entonces, ¿qué sucedió cuando les revelaste lo del recorte de periódico mencionándome?

—No les dije que habías regresado.

—¿Por qué no?

Hugo Horsel pareció desconcertado Contestó por fin:

—Pensé que sería a ellos a los que les ibas a dar la gran sorpresa, y no a mí. No me suponía que ibas a venir por mí primero...

—Eso no es de buen amigo, Hugo, caray. Podía haberles hecho pupa a tus compadres Trevor, Bud y Clay.

—Ojalá —dijo fervorosamente Horsel—. ¡Hundieron a «Poppy» como imbéciles! ¡No supieron calcular la cantidad necesaria de combustible! ¡Y se las daban de cerebros! Yo era el único idiota del grupo.

—Incluido yo, querido. ¿Y qué hay del pequeño viajecito que hiciste a Sydney hace cosa de tres semanas?

Bajo las gruesas cejas, los ojillos de Hugo Horsel mostraron una sincera sorpresa.

—¿Yo, viajecitos? Llevo un año trabajando como un perro, y sólo acudo por Hayman cuando tengo unos billetes para comprar pijoosas cabinas y metros de coral playero.

—Alguien me disparó en Sydney como muestra de afectuosa bienvenida.

—Cualquiera de los otros tres. Yo no... Yo estaba aquí. Puedo demostrarlo.

—Tú sabías que yo había regresado. Ellos no.

—Alguien pudo enviarles el recorte, ya que aludían a un sitio donde estuvimos nosotros. Yo estaba, aquí, no he ido a Sydney hace un año... Cualquiera, de Bundaberg puede confirmarlo.

—Bien. Puede que seas sincero. Pero no hemos aclarado cómo vas a darme un cuarto de millón, si hemos de repartir con los otros tres.

—¿Quién dijo nada de repartir con los otros tres?

—Ah... Sopla, sopla... Vas progresando, Hugo.

—Después de todo, uno de los otros tres fué el que te baleó, ¿no? Si sólo tumbas a uno de ellos, a lo mejor no te has vengado del que realmente quiso matarte. Por lo tanto, cuando hayas acabado con los otros tres, sólo quedaremos tú y yo para, repartir.

—Y si no voy con tiento, sólo quedarás tú, Hugo.

—Hay que ver qué mal pensado eres —protestó Horsel, virtuosamente.

—¿Dónde está la laguna, Hugo?

—Esto es lo mínimo que poseo como garantía. Es cuanto tengo, y tú no has hecho ninguna oferta.

—¿Que consideras una oferta?

—Cuando sepa que Trevor, Bud o Clay hayan sido liquidados, uno cualquiera de ellos, entonces ya tendré plena confianza en ti, porque nos unirá otro secretó. Entonces, sólo entonces, te diré dónde está la laguna.

La diestra de Carfax se crispó en torno a la culata.

—Voy a hacerte la oferta final, Hugo. Me das el mapa de la laguna, y el exacto emplazamiento de «Poppy», o te doy treinta segundos de vida.

Horsel adelantó el hombro izquierdo: como un púgil protegiéndose el mentón.

—Si te doy el mapa, sólo me darás un segundo de vida.

—Ya has desperdiciado diez segundos. Dame el mapa, y quedas seguro.

—¿Por qué tengo que confiar en ti?

—Por la sencilla razón de que no tienes derecho a escoger. Llámalo un juego, si quieres. Puede que pierdas. Pero de todos modos perderás, si no aceptas la partida. Y ahora sólo te quedan diez segundos.

—Yo no fui el que disparó contra ti.

—Es posible. Siete segundos...

—Estás perdiendo un cuarto de millón.

—Cinco... cuatro...

—Tres... dos... uno... Fuera —contó el propio Horsel, con voz trémula.

Se llevó la mano a la garganta, desabrochando los botones superiores, como si estuviera asfixiándose. Y susurró:

—Te apuesto a que no puedes disparar así... Brent, amigo, mío.

Brent Carfax miró el seguro. Estaba quitado. Su diestra crispada, tendones visibles, el índice doblado... Y un sudor frío le inundaba. Había un cortocircuito entre su cerebro y su mano armada.

Tenía los músculos del brazo derecho como agarrotados, y el hielo parecía solidificarse en su estómago...

—Tú ganas, Hugo —murmuró—. Has apostado con acierto.

Se sentía de pronto mareado. Le dolía la diestra. Insinuó:

—Muévete un poco, y así... me ayudarás a terminar contigo.

—Después de una partida como ésta, compañero, el único movimiento que puedo hacer es sentarme en el suelo. Tengo las piernas como algodón.

—¿Cómo supiste que no iba a pegarte el balazo, Hugo?

—Hablas demasiado. Querías encorajinarte. Los que disparan por la boca, no aprietan el gatillo. Y ahora, ¿por qué no apartas el artefacto, compadre?

—Es mejor tenerlo a mano, por si acaso. A lo mejor, me callo. Lo cierto es que no nací para asesino.

—Escucha, compadre. No te arrimes a Trevor, a Bud, o a Clay con un arma, sino piensas usarla antes de hablar. Te liquidarían, ¿comprendes? A ellos no les pescarás desprevenidos. Son más inteligentes que yo.

Rió Carfax con sardónica amargura. Esto era lo que faltaba. Que le dieran consejos amistosos sobre el arte de matar.

Volvió a colocar el seguro, dispuesto a marcharse. Al iniciar la media vuelta, sus ojos vislumbraron diversas escenas de una rápida película.

Hugo Horsel cogiendo la palanca de hierro, levantándola, arrojándosela por la espalda...

Se encogió ladeándose. Y ya estaba el oso embistiendo, llevado de su propio impulso, como un camión derrapando en pista de hielo.

Algo chocó estruendosamente a su lado. La barra de hierro. Rozándole con la suficiente fuerza para que, abriendo la mano, cayera al suelo su revólver.

Y un torbellino de ganchos, directos cortos, machetazos de púgil, le sacudieron por unos instantes, mientras se encogía, esquivaba, blocaba con codos y antebrazos.

Logró conectar un rápido uno-dos al estómago de Horsel, y consiguió así apartarlo un momento. El tiempo preciso para arrodillarse y coger el revólver.

Una roca pareció llover del cielo sobre su cabeza, y la más completa obscuridad le envolvió al quedar de bruces contra el suelo.

CAPÍTULO V

Para levantar los párpados tuvo que hacer un esfuerzo prodigioso. Volvían a cerrarse como si fueran de elástico caucho... Cuando consiguió mantenerlos abiertos, pensó que resultaba curioso que pensase en caucho, en un camión atropellándole, en cuestiones de mecánica y garaje de reparaciones.

Él necesitaba alguna reparación, pero debían haberlo llevado a una clínica y no a un taller de reparaciones mecánicas. Además, si un ciudadano era atropellado, resultaba una burla sangnaria llevarle a un garaje.

A poca distancia estaba un coche, y junto a él yacía un mecánico de mono grasiento, como disponiéndose a deslizarse debajo del chasis.

Llamó con voz que creyó estentórea, pero que era apenas un susurro:

—¡Hey, usted, ayúdeme a levantarme!

El mecánico no se movía, ni hacía el menor ademán de querer ayudarlo. Tendría, pues, que valerse por sí mismo. Tanteó el suelo, se arrodilló, y por fin pudo dejar de sacudir la cabeza como un perro mojado.

Aquel garaje era un sitio curioso. Un mecánico durmiendo junto a un coche, herramientas por el suelo, una palanca... y un revólver calibre 7'65 mm.

Lo recogió, y para hacerlo tuvo que permanecer unos instantes arrodillado, mareado. Olió el cañón. No cabía duda, de que todavía se olía el acre aroma de pólvora quemada.

Y por fin, comprendió que el mecánico no dormía, ni estaba tendido en un charco de aceite. Era Hugo Horsel. Muerto. Y el charco brillaba rojizo.

Carfax miró su reloj pulsera. Irrompible, a prueba de choques. Marcaba las diez y veinte. Había estado veinte minutos inconsciente... Porque eran las diez cuando se disponía a abandonar el garaje, iniciando una media vuelta vergonzosa, ante la idea de que era incapaz de matar a Horsel.

Hizo saltar a un lado el tambor, y contó los orificios. Cinco llenos. Uno vacío. Y como seguía doliéndole el adormilado brazo derecho de resultas del impacto de la palanca, tuvo que haber

disparado con la zurda.

Por de pronto, tenía que pensar en las huellas. Había tocado la manecilla de la puerta. Era cuestión de frotar con el pañuelo. Encontrarían el cartucho vacío. Bueno. ¿Para qué esconderlo?

Encontrarían el plomo en Hugo Horsel.

Las huellas de sus pies no podía borrarlas, o tendría que pasarse una hora lavando el suelo. La peor huella estaba en su propio rostro.

Se dirigió al pequeño cuarto de aseo. Encendió la luz, dándole al interruptor con un codo. Mirándose al espejo, comprendió que tenía la cara evidenciando una pelea.

Se frotó en duro masaje con un jaboncillo, y abundantes chorros de agua mitigaron el dolor que sentía al presionarse el pómulos hinchado, los labios algo tumefactos en su comisura izquierda, las cejas... Pero aquellas presiones, si bien amenguarían la hinchazón, no borraban las huellas.

Empleó una servilleta de papel, que arrugó, y a la que prendió fuego para con ella encender un cigarrillo. Peinado, pasó por las púas y asta, su pañuelo.

Con la mano envuelta, fué abriendo cajones, esperando hallar un mapa. Sólo papeles, facturas... Ningún mapa.

Se aproximó a la puerta, acechando, y comprobado que la carrera estaba desierta, salió. Andando aprisa, pensó que se avecinaba el momento en que la maestrita-azafata, el doctor, el eficiente Nilsen, las solteronas, hasta la niña anémica tristona y callada, exclamarían:

»—¡Caramba señor Carfax! ¿Qué le ha pasado? ¿Con quién ha peleado?

Este era el principal problema. Porque al día siguiente leerían en la Prensa del condado de Queensland, que después de una pelea furiosa, un hombre llamado Hugo Horsel había sido muerto de un balazo.

Y no podía oponerse a que relacionasen el muerto de Bundaberg con el turista Carfax, de cara magullada.

Pasó junto a un pequeño parque. Se aproximó a un árbol, en rededor de cuyo tronco había tierra blanda. Ocultó en la tierra su revólver.

Penetrando en la mayor avenida de Bundaberg, tenía ya su plan. Buscar camorra. Intercambiar unos golpes, y total... una reyerta provocada por un turista algo bebido.

Hacía fresco, y quiso abrocharse la americana. Le faltaba un botón. Que debía estar en el suelo del garaje. Durante la pelea, al ir

a agarrarle. Hugo Horsel debió arrancarle aquel botón.

Se arrancó los otros dos, deslizándolos por la ranura de una alcantarilla en la acera. Lo hizo bien. Erguido, dejándolos caer en el suelo, y empujándolos con el pie, mientras encendía un cigarrillo.

En una calle transversal encontró el bar a propósito. Lóbrego, de escasa luz en el extremo del mostrador. Donde precisamente había dos altos *bushmen* bebiendo.

Brent Carfax insertó su hombro entre los otros dos, empujando, cabeza baja. No debían verle las magulladuras.

—Vamos a ver si dejamos sitio, ¿no? —provocó con tono de perdonavidas.

Eran dos tipos musculosos, y apenas empezasen a mover los puños, le sobrarían justificantes para su rostro.

Pero el más grueso de los dos, apenas le miró, replicando:

—Me parece que al forastero le hace falta un buen trago. Kenny. Deja sitio, Kenny.

—Todo por el forastero, todo por el forastero. Yo invito esta ronda. ¿Qué va a tomar, forastero?

Brent Carfax examinó los dos perfiles. Honorables ganaderos, plácidos y respetando al turismo, fuente de ingresos. Buena gente. Imposible pelear con gente tan agradable.

—Un soplo de ginebra, amigos.

Los dos le desearon larga salud y buen viaje, pagaron la consumición y se fueron.

En aquel extremo oscuro, unos estantes le proyectaban la sombra favorable.

Alguien le empujó con el codo haciéndole derramar algo de su copa.

Brent Carfax torció la boca y, en el tono más desagradable posible, barbotó agresivamente:

—No se admite ganado en este bebestorio, ¿estamos?

Parpadeó un poco, con un resto de antigua disciplina. El que estaba a su lado era un sargento de la Marina. Ancho, con cara de limpiarse los dientes empleando una bayoneta.

A los resabios de la disciplina, sucedió un leve rencor, Carfax insistió:

—Los galones me revientan, sargento mío. Y aunque el gorila se vista de uniforme, pues ya sabe el resto, ¿no?

El sargento rió complacido, diciendo:

—Se nota que tuviste hartura de galones y de cuartelería, ¿no? Pues yo también. Invito. Lo mismo para el señor, camarero.

—Es una pena. La Armada está debilitada, sargento mío. A

menos que sólo te sientas machote con los quintos embrutecidos.

El sargento bebió, echó un billete sobre el mostrador, y tocándose los galones dijo:

—Me han costado muchos sudores para que los comprometa en una pelea de taberna. Si quieres pelea, búscate a otro. Media vuelta, ¡arr!...

Y él mismo dió la media vuelta, abandonando el bar. Brent Carfax empezó a exasperarse. Por una vez que ansiaba pelear, no hallaba eco.

Le golpearon con una palmada en un hombro. Se volvió jubiloso.

—Fuera. Desde que entró anda buscando camorra. Fuera.

Era el «ujier» del establecimiento. Cabeza como un obús, brazos como jamones. El tipo ideal...

Brent Carfax rió desdeñoso, acodado a la barra, adelantando el rostro.

—¿Y quién me echa a mí? ¿Tú, quisquilla anémica? Necesito tres como tú, para empezar a sentirme alegre. Conque... venga, si eres valiente.

El matón del establecimiento se tocó el pecho con un grueso índice, diciendo:

—Yo sólo trabajo cuando vienen por parejas.

Alargó el brazo, y Carfax se sintió satisfecho. Pero la manaza cogió el teléfono cercano, y marcando un número, dijo el matón:

—Tenemos policías para estos casos especiales... Oiga, ¿Comisaría? Aquí Bingers, del «Bar Doce»... Tengo aquí a un borracho empeñado en que le rompan los dientes y...

Brent Carfax consideró prematura la intervención policial, y abandonó el bar apresuradamente. Tropezando con alguien al girar en la acera.

Una voz aguda, irritada, exclamó:

—¿Por qué no mira dónde va, cacho de buey? ¿Es que quiere un piñazo en plena narizota?

Era un soldado. De Artillería. Estaba algo en copas, pero su rostro denotaba irritación. Brent Carfax se colocó los puños en las caderas, y replicó con fervorosa esperanza:

—Si. Eso es lo que quiero. Un piñazo en plena narizota.

El soldado dijo con firmeza:

—De acuerdo, salgamos fuera.

—Ya estamos fuera, Napoleón.

—¿Sí? —y con turbios ojos, el soldado miró recelosamente en torno—. Ya comprendo. Me provocas cerca del bar, para que apenas

yo te tumbe, salgan tus compinches a defenderte.

—Estoy solo. Además, mira... Allí está el parque. Cerquita. Solitario, el mejor campo para arreglar las cosas.

El soldado asintió en cabezada vigorosa, y al empezar a caminar lo hizo con evidente cuidado, colocando los pies como si tuviera miedo de pisar algo blandísimo.

Brent Carfax, cogiéndole por el codo, le ayudó hasta llegar al parquecillo.

Lo soltó y, separándose un paso, aguardó.

—Córcholis —sonrió el soldado—. Eres un gran tipo. Y después de todo, no tenemos por qué pelear. Primero porque estoy borracho, y podría hacerte daño. Segundo, porque te has portado bien, ayudándome a caminar.

Exasperado, Carfax no quiso dejar escapar aquella ocasión.

—¿Tienes miedo, eh? Esto es lo que pasa. El Ejército se raja.

—Vamos a tomar un trago juntos, y después veremos a ver qué pasa.

—Nunca tomo un trago con un tipo hasta no saber si es o no un hombre. Si quieres que seamos amigos, has de pelear.

—Ya que te empeñas...

El soldado trató de afianzar los pies, y echó hacia atrás el codo. Largó un salvaje «swing» tan visible, que Brent Carfax ladeó el busto, para poder recoger el puñetazo.

El parque estaba bastante penumbroso, y no sería preciso causarle el menor daño al soldado. Pero éste al lanzar su «swing», perdió por completo el resto de equilibrio, giró sobre sí mismo como una peonza, y cayó de narices sobre el césped.

Sin haber tocado a Carfax que, inclinándose, sacudió por los hombros a su frustrado adversario.

—Vamos, en pie, muchacho.

La sirena de un coche policial iba aproximándose. Brent Carfax enlazó al soldado, de modo que parecieran estar terminando una ruda pelea.

Un coche frenó cerca, y una voz cansina interpeló:

—¿Qué pasa ahí, ciudadanos?

Atravesando la acera se aproximaba un individuo alto, macizo, brillando la chapa de su cinto, y la culata del revólver. Un sombrero ancho, ribeteado, y una cazadora gris.

Era el único ocupante del coche. Era Derek Munroe.

Soltando al durmiente borracho de uniforme, Brent Carfax se puso en pie, fingiendo limpiarse el traje, y preguntó con voz entrecortada:

—¿Quién rebuzna?

Aproximándose, Derek Munroe comentó:

—El señor Carfax se cura las jaquecas con un sistema particular.

—El señor Carfax se defiende cuando le quieren hacer pupa, como cualquier hijo de vecino.

Otro coche frenaba junto a la acera. Y bajaron otros dos policías. El más adelantado, preguntó:

—¿Qué, Munroe?

—Un poco de bebida mal asimilada...

Era el instante propicio para demostrar mal genio. Carfax anunció su directo de modo que Munroe tuvo tiempo de apartarlo con su antebrazo, y asestarle un directo certero.

Nubes se acumularon en el horizonte nocturno, chispeando de cohetes, y Derek Munroe, cogiéndole por las muñecas, dijo cansinamente:

—Quieto, quieto.

Como si calmase a un potro desbocado.

Uno de los policías, comentó:

—Este debe ser el tipo que buscaba sangre fresca, en el «Doce» Vamos a llevárnoslo y darle una ducha.

—Por mí, háganlo —decía Munroe—. Pero es un turista. Le conocí hoy y viaja en el «pullman» «Kind-Rest».

Rieron los policías, y uno dijo:

—Vaya manera de descansar amablemente. Bien, en realidad nada tenemos contra él. Y el soldado se largó arrastrándose con sigilo como un lagarto. Seguro que estaría sin permiso. En fin, cosas de la bebida. Buenas noches, Munroe.

Se alejaron y el coche patrulla también. Soltó Munroe las muñecas y dijo Carfax, satisfecho:

—Me he despejado.

—Echándose a perder la camisa con su sangre. ¿Le duele la nariz, Carfax?

—Es el tratamiento ideal para despejarse, *sheriff*. Llámeme cuando lo necesite y muy gustoso se lo aplicaré.

—De momento será mejor que le lleve a la camita.

Se dirigía Munroe a su coche, y le siguió Carfax. Todo iba bien. Ya tenía la mejor de las coartadas para las marcas de su rostro.

Conducía Munroe en silencio, y Carfax cabeceó como un hombre soñoliento.

Cuando el coche se detuvo en el patio del hotel, y ambos bajaron, una mujer se aproximó.

—Buenas noches, señorita Keyne —saludó Munroe, tocando el ala de su sombrero.

—Pero... ¡pero está herido, Munroe! Y tú... Brent, también. Tiene sangre en su camisa, Munroe. ¿Cómo se ha herido.

—Un hombre llamado Carfax se puso a sangrar por las narices sobre el regazo del *sheriff* Munroe —dijo Carfax.

Caminaban hacia la habitación de Laura Keyne, que entrando repitió:

—Está herido, Munroe.

—Y a mí que me parta un rayo —ironizó Carfax—. O sea que este entrometido me casca las narices, aprovechándose de que estoy aún reponiéndome de una guerrilla particular con un artillero, y encima le miman. No te preocupes por el pecho del *sheriff*, Laura. Ese abultamiento no es más que vanidosa pechuga.

—¡Oh, cállate! —protestó ella—. Si se quita la camisa, podré lavarla, Munroe.

Sonrojándose, denegó el inspector:

—No es preciso. Gracias por su amabilidad de todos modos.

—Lo que pasa es que no lleva camiseta —rió Carfax. Torciendo la boca, porque empezaba a dolerle el rostro—. Prepara las cosas para la transfusión de sangre, Laura. Tiéndase, mi romántico héroe...

—¡Oh, cállate! Si querías ir a beber... ¡huelas a ginebra, Brent!... y te has peleado; dale gracias al *she*... al inspector por haberte rescatado de pasar el resto de la noche entre rejas.

—Me rescató largándome un puñetazo alevoso.

—Eso no suena bien, Carfax. No fué así, señorita. Yo encontré a Carfax abrazado en pelea con un soldado.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Laura—. ¡Con un soldado!

—Hubiera sido peor si me pego con un mutilado, ¿no? Me provocó, y cuando ya estaba todo en regla, se asoma el *sheriff*, llamándome borracho.

—Y usted intentó golpearme. En fin, señorita, lo esencial es que no saldrá en los periódicos, con lo cual la agencia no participará en la mala propaganda. Mañana vendré a despedirme, si no le importa, señorita.

—Para que esté cierto de que es usted, bastará que me despierte golpeándome en la nariz, *sheriff* —aseguró Carfax.

—No le haga caso, inspector. Se cree gracioso.

—Eso me temo, señorita. Buenas noches.

Laura Keyne salió acompañando a Munroe, mientras Carfax se dirigía a su habitación. Estaba mirándose en el espejo, cuando

llamaron a la puerta, y entró Laura.

—Es vergonzoso, Brent.

—Seguro. Me cazó descuidado tu Apolo de la policía carreteril.

—Pero tú intentaste golpearle.

—¡Ey, quita...!

Pero ella siguió aplicando el coloidal, diciendo:

—Es un cicatrizante perfecto, Brent. Lo tenemos para los casos de accidentes. Absorbe los hematomas, deshinch... y mañana estarás en condiciones de presentarte sin llamar la atención excesivamente.

Al terminar las explicaciones, indico ella:

—Procura no demostrar otra vez que tienes mal genio, Brent. Un buen deportista nunca pelea, aunque haya bebido. Recuérdalo. Buenas noches.

—Y felices sueños.

Carfax cerró la puerta y la luz. Tendido, esperó que pasaran las horas. A las dos y media de la madrugada, se despertó de pronto, sobresaltado. Ya recordaba. Se había dormido porque tenía la cabeza como un bombo, pero necesitaba recoger su revólver. Lo iba a precisar, apenas Trevor, Bud y Clay leyeran que un componente del quinteto ya había oído los compases finales de la marcha fúnebre.

Pudo ir a desenterrar su revólver y regresar para limpiarlo y esconderlo en su maleta, sin que nadie le viese. Y durmió a fondo, con pesadillas intermitentes.

CAPÍTULO VI

Cuando llamaban en la puerta, fué elevando la voz, negándose a acompañar a los demás a la playa. Y desayunó solo en un bar, distante cinco minutos del hotel.

Necesitaba leer la prensa. Por vez primera un relato de asesinato lo leería desde un punto de vista totalmente nuevo: el del propio autor.

Allí estaba. Restallando en gruesas mayúsculas:

«MISTERIOSO ASESINATO DE UN GARAJISTA.»

Un balazo en el corazón. Evidencias de una lucha terrorífica. Aparentemente no era el robo el motivo del crimen. Cuerpo descubierto a medianoche por un automovilista que necesitaba recargar su batería. El disparo no fué oído. La muerte ocurrió entre nueve y media y diez y media. La oficina del constable Howard...

«¿Howard?», pensó Carfax. El constable Howard. Lo había citado Munroe como jefe suyo.

El garaje de Hugo Horsel — seguía diciendo la Prensa — estaba fuera de la ciudad. Por tanto, en los límites jurisdiccionales de la policía de carreteras.

Y por lo tanto, pensó Carfax, el inspector Munroe sería encargado de hallar al asesino...

El reportaje se extendía en una biografía de Horsel. Ex-combatiente, fusilero de Marina, después tripulante de lanchones de desembarco, hazañas por las islas del cinturón defensivo de Australia. Soltero. Reservado. Empleaba sus ahorros en adquirir cabina, y terrenos playeros en Hayman.

El constable Howard declaraba que había recogido varias pistas. Lo de siempre. Seguramente al día siguiente el constable Howard diría que una detención era inmediata.

Dejó el periódico, y regresó al hotel, donde a la media hora empezaban a reunirse los demás viajeros. Tres de ellos llevaban el periódico.

Laura le dedicó una ojeada de benévolo reproche, antes de desaparecer hacia el despacho de la gerencia del hotel.

Aguardando en el patio, Carfax respingó levemente al oír la voz a su espalda.

—Hola. ¿Repuesto ya de la papalina, Carfax?

Se volvió, enfrentándose con el inspector Munroe, que añadió:

—No encuentro a la señorita Keyne.

—Pues vaya policía que está usted hecho. Los asesinos pueden tener tiempo de llegar a Java, si es usted quien ha de encontrarlos. Ella está en el despacho del gerente. Y a todo esto ¿usted es que no trabaja o qué?

—Bien, de momento sólo tengo un pequeño caso de asesinato. Un garajista. No creo que sea difícil de resolver.

Derek Munroe sacó una moneda del bolsillo haciéndola saltar en el aire y recogióndola en la mano.

—Ya puede instalarse en el autocar, Carfax. No le necesito para charlar con la señorita Keyne.

—Depende, *sheriff*. Eche la moneda. Si sale cara, me aparto de su camino y queda libre de enamorarla. Si sale cruz, galopa usted hacia su coche, y me ocupo yo de la señorita Keyne. Eche la moneda.

—¿Esto? —y Munroe abrió la mano—. No es una moneda, amigo. Mire.

Carfax miró.

Era un botón de americana. De su americana azul. Pero debían ser fabricados en serie.

—¿Qué es eso? ¿Un amuleto, *sheriff*?

—Más bien un maleficio. Sí, para el compadre que se cargó al garajista. Lo perdió en la pelea.

—Ya que tiene la pista, no estafe al contribuyente, Munroe. En vez de esperar para emitirle balidos al oído de la señorita Keyne, debería estar galopando tras el dueño de este botón.

—Para todo hay tiempo. Un asesino siempre acaba por delatarse. Y... Buenos días, señorita Keyne.

—Buenos días, Munroe —replicó ella, sonriendo.

Los ojos azules del policía expresaban honda admiración. En vez de pensar en el asesino, sólo estaba pensando en Laura Keyne.

Imitando el tono cansino de Munroe, intervino Carfax:

—Un día espléndido, señorita Keyne. Cierto, Munroe. Luce usted preciosa esta mañana, Laura. Y usted tiene muy buen aspecto, Derek...

—¡Oh, cállate!

—No le haga caso, señorita Keyne. De noche es un búho persiguiendo soldados y de día un chistoso. Luce usted preciosa esta mañana, Laura.

—Y usted tiene muy buen as... —se interrumpió ella, para

añadir entre dientes, indignada—: Lástima que el artillero de noche no llevase consigo un cañón, Brent. No debió molestarse anoche, Derek, trayendo al pendenciero borrachín de Brent Carfax. Parece no haber dormido mucho, Derek.

—Me despertaron, porque el jefe me necesitaba. Un asesinato en un garaje. Y me quitaron unas cuantas horas de sueño...

Un coche acababa de detenerse en la carretera. Un hombre de rostro largo y caballuno, apeándose, se aproximaba.

—Es Garl Howard, mi jefe —aclaró Munroe—. No sé qué querrá...

—Quizás aclarar un pequeño detalle sobre la manera de que usted se ponga ya a trabajar, ¿no?

—Buenos días, constable. ¿Me necesita?

El constable Garl Howard dijo melancólicamente:

—Le estaba buscando, Derek, y en realidad eso de que tenga que andar buscando a mi propio auxiliar nos hace perder el tiempo.

—En seguida estoy con usted, jefe. Bien señorita...

—Me quedo sin enterarme del caso del asesinato, Derek.

—Eso tiene arreglo —y Munroe extrajo un doblado periódico del bolsillo interior de su cazadora—. Aquí lo leerá todo, pero no se me menciona.

—Buscaremos en la sección cómica, Munroe —sonrió Carfax.

Los azules ojos del inspector miraron reflexivamente al turista Carfax:

—Estoy pensando que anoche estuve demasiado gentil con usted, Carfax. Quizás nos volvamos a ver, puesto que el autocar recorre mi sector, y tal vez entonces, cuando se pase usted de rosca, podré... Bien, señorita Keyne...

—Buena suerte, Derek Munroe —le deseó ella, estrechando su diestra—. Tal vez volveremos a vernos.

—Así lo espero, Laura. Hasta pronto.

Los dos coches se alejaron hacia Bundaberg, y Carfax recitó:

—Y al abandonar Bundaberg en el dorado resplandor de la mañana, dijimos adiós con mucha pena a este caballero de las praderas, el apolíneo cretino Derek Munroe. Pero siempre le recordaremos como estaba la última vez que le vimos. Erecto, torso abombado, gatillo rápido y cerebro lento...

Pero Laura Keyne había ya penetrado dentro del autocar «pullman», y Brent Carfax, subiendo, se instaló en su butaca habitual. Ahora le tocaba a él acechar, evitando a ser posible que ella pudiera leer el reportaje.

Encontró el mejor medio. Llamarla, y cuando Laura estuvo

sentada a su lado, dijo:

—Espero que no estés enfadada por mi comportamiento con Munroe. Pero es que me revienta verle. Estoy seguro que lee novelas de vaqueros y estudia a los artistas de cine cuando hacen el *sheriff*, para imitarles y hacerse el interesante con las mujeres.

—No quiero discutir si Munroe es o no afectado, Brent. Voy a leer el periódico.

—Una gran idea. Trae acá. Yo tampoco lo he leído. ¿Qué te interesa? ¿Política internacional? ¿Deportes? ¿Los chismes del cine?

Se había ya apoderado del periódico, desplegándolo. Ella solicitó:

—El relato del crimen del garajista, Brent.

—Veamos, veamos... Aquí está: MISTERIOSO ASESINATO DE UN GARAJISTA.

Fué leyendo cuidadosamente, saltándose el párrafo que hacía referencia a los antecedentes bélicos de Hugo Horsel, maniobrero de lanchón de desembarco.

Ella debía haber leído también los antecedentes bélicos de su ídolo deportivo Brent Carfax. Cuando terminó la lectura, Brent dijo:

—El asesino está seguro, si es el botarate de Munroe el que tiene que pescarlo. Oye, este paisaje es espléndido. Estas colinas azules yendo a terminar en playas doradas, es algo fantástico...

Ya había conseguido guardarse el periódico. Llegarían al mediodía a Lukaberry Beach, para bañarse en las lagunas de las Grutas del Eco.

En la playa consideró que la mejor belleza natural era, indudablemente, Laura Keyne en bikini. Estaba preciosa. Y nadaba estupendamente. Sólo que empezó de nuevo a meterse en lo que no le importaba.

Se aproximó a donde él yacía solitario, reponiéndose de unos cuatrocientos metros agitados, porque había creído ver la estela de un tiburón, y señalando hacia el centro de su cuerpo, preguntó:

—¿Qué tienes ahí?

Se examinó él su pantalón impermeable, hasta divisar lo que estaba intriguando a la preguntona. Las cicatrices. La línea rojiza, y el orificio entre los costillares.

—Una bala perdida allá en la guerra.

—¿Y en la espalda?

—También, demonios. ¿No sabes que en la guerra no nos tirábamos confetti? Te reto a un cien metros.

Sumergirse era la única manera de no tener que hablar.

Después del almuerzo en el balneario de las Grutas del Eco, el

«pullman» reemprendió la ruta hacia Mackay.

Hacia Trevor Baker, el cerebro del quinteto.

Que en la guía telefónica tenía también su anuncio, como propietario de unas cabinas playeras para turistas. Mientras éstos se aseaban en el Mackay Hotel pensó Carfax que había sido una suerte que la agencia «Kind-Rest», no hubiese elegido los «cottagecabins» de Trevor Baker para la etapa.

Cogió un taxi, encargando al chofer que fuera lentamente por la avenida playera. Pudo ver el tinglado que en Mackay había montado Baker. Unas diez cabinas con todo lo necesario para pasar unos días... Y había un hermosísimo cartel:

CERRADO POR RESTAURACION Y OBRAS

Muy conveniente «repintar, redecorar, relimpiar»... Así no habría nadie para interrumpirles a él y a Trevor Baker. Dejó el taxi ante un cine. Bromeó con la taquillera acerca de si valía o no la pena aquella película, aunque siempre valía la pena contemplar a Jane Russell.

Ya había visto aquella película en Sydney. Diez minutos después abandonaba el cine por la otra salida. Tenía que ir al Mackay Hotel a recoger su revólver, porque desde lo sucedido en Bundaberg, no quería exponerse a que se lo encontraran encima.

La ventaja de ser turista de agencia, es que los hoteles les daban habitaciones en torno al patio de coches. No había que pasar por vestíbulo, gerencia y demás mirones.

Aproximándose a su habitación se detuvo un instante. Le parecía que una luz, como la de una linterna, vagabundeaba por el interior de su alcoba.

Luego creyó que eran sólo los reflejos de las luces exteriores.

Pero al irse aproximando como si caminara sobre un alambre, de nuevo tuvo la certidumbre de que alguien estaba enfocando una linterna por sus dominios privados.

La puerta estaba entreabierta. Se deslizó al interior. Ya no había luz. Y de pronto un rayo cegador le deslumbró, pero tuvo tiempo de saltar hacia delante, abrazándose al intruso.

Cogiéndole por el cuello... Muy largos aquellos cabellos, muy esbelto el cuerpo. Nada de resistencia. Sólo un gemido asustado. Aflojó un poco la presión de sus manos.

Y mantuvo sólo la diestra en torno al grácil cuello, para poder alcanzar el interruptor. La luz brotó, y Laura Keyne, dilatados los ojos, seguía gimiendo, mientras movía la cabeza como comprobando si no tenía alguna vértebra rota.

—Un poco más y me estrangulas, bruto —gimió ella.

Cruzándose de brazos, Brent Carfax reprimió su renovado deseo de estrangulación.

—Vamos a ver, ricura... No me salgas ahora diciendo que estabas registrando mi equipaje, para buscar mis calcetines y remendarlos. Pongamos las cosas en claro. Toda la manada, dirigida por ti, estaba rondando la calle de los cines. Y tan pronto, como volví la espalda, hallaste el medio de escurrirte y regresar a mi habitación.

—Dirás mejor que tan pronto te volvimos la espalda, hallaste el medio de escurrirte... ¡Oh, Brent! Estoy asustada. Te comportas de un modo raro. Te vi entrar en el cine...

—Y pensaste que disponías de un par de horas, ¿no?

—Lo admito. Pero resulta que tú entraste en el cine, con el deliberado propósito de crearte una coartada.

—O puede que la película fuera un aburrimiento. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué buscabas?

—Tu... tu revólver. Quería saber si era... del calibre «7'65 mm.»

La maleta seguía cerrada.

—Habrás comprobado, entonces, que es del calibre «8'40 mm.» Es el tamaño que más me gusta, palabra.

—Estás mintiendo, Brent. He leído el grabado que Tiene junto a la culata, y está escrito bien claro que es de «7'65 mm.»

—Sí... ¡si fueses un hombre!... te iba a... Estás jeringándome, nena. Te comportas estúpidamente.

—Lo sé... Y voy a decir algo todavía más estúpido, Brent. ¿Por qué... por qué mataste a aquel hombre, Brent?

Él se sentó en la cama, para que no pudiera ella percibir que le temblaban las piernas.

—¿Qué hombre, nena?

—Ese garajista, Hugo no sé qué... El garajista de Bundaberg. No disimules más. He leído por mi cuenta el periódico. Te saltaste a conciencia lo referente a Borneo, donde estuvo Hugo, y donde estuviste tú. Te vi en la playa, recogiendo los periódicos que habían dejado el doctor y Nilsen. Ellos creyeron que el viento se los había llevado.

—Cientos de ANZAC estuvieron en Borneo, muchacha.

—¿Y cuántos de ellos perdieron un botón de americana en el garaje?

Brent Carfax empezó a sudar copiosamente.

Ella proseguía implacable:

—Ayer noche regresaste con la cara como un mapa, y te faltaban los tres botones. Y esta mañana vi a Derek Munroe haciendo saltar uno de los botones en su mano. Era el tuyo.

—Y dale. ¿Por qué era mi botón? Los fabrican en serie.

—Me fijé en tu americana, azul de punto. Bonita, y con botones adecuados. De color de cuerno...

—¡Cuernos! ¿Estás empeñada en que yo sea un asesino o qué?

—Buscaste pelea con todo el mundo, hasta con Munroe. ¿Por qué? El periódico dice que había huellas de una gran pelea en el garaje. ¿Quisiste así disimular las huellas de tu pelea con el garajista? ¿Y si se demuestra que conociste en Borneo al garajista?

Ella estaba como una colegiala modosita jugando a prendas. Como si preguntase dónde estaba escondido el paraguas de su tía, en vez de estar asando en la parrilla del interrogatorio a un culpable...

Brent Carfax se decidió bruscamente, como cuando, apretando contra su torso el balón ovalado, derribaba obstáculos humanos en su camino hacia la meta.

—¡Bien! Yo conocí en Borneo a Hugo Horsel. ¿Y ahora qué, Laura?

—Sólo quiero ayudarte. Yo estaba segura de que tenías una preocupación que te obsesionaba. Pero compréndelo... No puedo espiarte, y si lo he hecho no ha sido contra ti, sino para procurar ayudarte... Sí, Brent, créeme.

—Te creo. Y ahí va la historia. Hugo estuvo conmigo al fin de la guerra cuando decidimos en Borneo adquirir un lanchón que llamábamos «Poppy», y hacerlo trabajar comercialmente con otros tres... Ellos decidieron efectuar un viaje largo y clandestino... Me opuse. Y un soldado indígena me baleó en las costillas, desde atrás. Ellos, mis cuatro compañeros, me dejaron abandonado. Y no he regresado hasta hace cosa de un mes.

—¿Fué un soldado... o fué alguno de ellos?

—Yo era el que estaba allí y no tú, ¿estamos? Cuando regresé, un periodista que no tenía otra cosa mejor que escribir, hizo un reportaje sobre mí. Al día siguiente de publicado recibí un telefonazo. Era un tipo que deseaba saber la dirección de mis cuatro compañeros de Borneo. Me ofrecía mil libras, y me amenazó. Yo me reí. Debía ser alguno de ellos cuatro, intentando averiguar mis intenciones. Colgué el aparato. Pero dos días después, de noche, alguien volvió a dispararme por la espalda, y no me remató, porque acudió gente. Yo pude esconderme. Y entonces decidí hacer este viaje, para poner en claro lo que había pasado. Fui a visitar a Hugo,

recibí un golpe, y cuando volví en mis cabales, le vi muerto. Alguien le perforó el corazón, valiéndose de mi revólver.

Pero ella no parecía convencida del todo:

—¿Por qué no les telefoneaste a ellos en vez de camuflarte de turista?

—No conocía sus direcciones exactas.

—Las telefonistas de larga distancia son técnicas en averiguar direcciones, Brent. Y alguno de ellos... ¿vive aquí en Mackay, Brent? Y ahora has regresado para recoger tu revólver, ¿no?

—Preguntas más que un juez sordo, nena.

—¿Cuando viste que Hugo estaba muerto, por qué no llamaste a la policía?

—Y presentarles a un ex compañero fallecido de resultas de un encontronazo con una bala de mi revólver, ¿eh?

—Pero ellos para acusarte necesitaban hallar un móvil. ¿Qué móvil podían hallar? Era un compañero tuyo.

—Bueno, bueno... Los policías no tienen tu amable delicadeza. Y lo que ahora, importa, es lo que piensas hacer, Laura.

—Tengo que pensarlo mucho, Brent. Lo que deseo es que me digas la verdad. Hay algo que me ocultas.

—Si te dijese la verdad, tampoco me creerías. Voy a dar una vuelta para despejarme el seso.

Abandonó apresuradamente su habitación. Estaba ella resultando demasiado inquisitiva. Lo cierto es que no iba a delatarle... todavía.

Recorrió la avenida y se detuvo en la explanada escrutando el círculo radial de cabinas. No había ninguna luz, salvo la de la casita del propietario.

Y allí dentro estaba Trevor Baker. Veía su silueta paseando e irse aproximando, bajando las escaleras laterales, pensó de pronto que su revólver se había quedado en la maleta.

Trevor Baker era un cerebro, pero tenía poca talla corporal. No era un oso como Hugo. Físicamente no le daría el menor trabajo. Además, era una suerte que las obras de restauración, mantuvieran sin alquilar las cabinas.

Así podría verle sin molestias. Así podría saltarle encima tranquilamente a su gran compadre Trevor. Tocó la manecilla de la puerta principal. No giraba. Contorneó la casita, y tanteó en la puerta que daba frente a la quieta y rumorosa playa.

La puerta se entreabrió suavemente. Entró, colocando la mano en el pomo de cierre. Había un bramante en aquel pomo. Un bramante fino como la cuerda de un violín.

Y apenas lo rozó, sus nervios le avisaron mandándole una nota de alarma. Pero apenas lo rozó, se encendieron las luces.

Y allí estaba Trevor Baker, junto a la pared, sonriendo siniestramente.

Dirigiéndole el cañón de una automática hacia el estómago, a cinco pasos de distancia.

CAPÍTULO VII

Trevor Baker era delgado, moreno y sus ojos parecían dos manchas de tinta en blanca cartulina.

—Te esperaba —dijo, procurando hablar sin nerviosismo—. Y no creo en visiones, pero Brent Carfax murió en Borneo. Es como si viera un fantasma.

Era un salto demasiado largo hasta aquella automática.

—Estabas muerto, Brent. Boca abajo... Yo intenté cogerte por un hombro para levantarte. Y pesabas como un saco de harina mojada. Desistí. Nos fuimos convencidos de que estabas muerto, Brent.

—Lamento enmendar la convicción general. Una vieja indígena me cuidó y no pude regresar hasta ahora.

—Es una pena, Brent. Las cosas han cambiado... Ya no somos aquel quinteto bromista. Estamos obsesionados por el oro de «Poppy». Estamos tratando de comprar toda una laguna. Y suceden cosas.

Era como estar sobre una pendiente de vidrio pulido, que podía estallar de un momento a otro. Convenía imitar a Trevor. Un tono trivial.

—¿Qué cosas?

—Tengo el presentimiento de que alguno está jugando sucio en el asunto éste de la laguna. Y luego fíjate lo que acaba de pasarle a Hugo.

—¿Qué fué?

—Anoche mismo. Le tumbaron de un tiro. Uno menos para el reparto. Alguno de los que quedamos con vida se ha sentido impaciente en el asunto de la laguna. Quizás yo sea el próximo de la lista.

—Y tú estabas preparado para recibir visitas, ¿eh?

—Encontré un truco bueno. Atar bramantes a los asideros de puertas y a los cierres de ventana. Aquí, en el centro todos los bramantes reunidos, a la que uno se pusiera flojo, ya estaba. El pez había picado.

—Yo no soy el pez, y además este sistema te dejará poco tiempo para dormir.

Los bramantes ascendían hacia un garfio en el techo. Un garfio-

polea. Y terminaban sobre la mesa central con unos pesitos en sus extremos

—Hace algunos días que empecé a estar inquieto, Brent. Instalé este sistema de alarma. Pretexté modificaciones en las cabinas, porque con turistas rondando, me sacarían de quicio. Y en la tela de araña, ¿qué mosca cayó? El viejo compadre Brent.

—Aparta el cañón, y charlemos tranquilamente, Trevor.

Era como una pesadilla. Como algo que ya había sucedido recientemente. Sólo que a la inversa. Él estaba la noche anterior al otro lado del cañón.

Trevor Baker se apartó de la pared, sentándose. Señaló con la pistola otra silla a cuatro pasos.

—Tengo que vigilar, Brent. Puede que ronde el que anoche le pegó un tiro a Hugo. Debes estar pensando que tengo miedo.

—Pareces preocupado. ¿Por qué, Trevor? ¿Temiéndole a un plomo del «7'65 mm.»?

—¿Eh? ¿Cómo...?

Los ojos de Baker eran dos carbúnculos encendidos. Carfax apoyó los tacones en el suelo, dispuesto a saltar...

—Hugo murió de resultas de un disparo de calibre 7'65 mm. ¿Cómo puedes saberlo, Brent?

—Lo has dicho tú mismo.

—¡No, señor!... He tomado sympatina para poder estar despierto, para vencer mi fatiga, pero no tanta como para no saber lo que me digo. ¡Claro, claro! ¡Tú has sido el canalla que se cargó a Hugo!

Se había levantado lentamente, erecta la automática, tenso el índice.

—Calma, Trevor, calma, compadre. La prueba de que no soy yo... es que puedes registrarme. No llevo armas...

—No me acerco, porque tú eres más fuerte, y sabes...

Se interrumpió Baker. Era perceptible el rumor de unos pasos. Procedentes del pequeño recibidor. Como si un reptil se arrastrase... Uno de los bramantes acababa de aflojarse...

Trevor Baker temblaba violentamente. Brent Carfax levantó la mesa en violento empujón echándola sobre Baker, al mismo tiempo que se zambullía.

Y consiguió coger la automática, cuando un chillido repercutió en tonos agudos. En pie, encañonó Carfax la silueta que alzaba los codos colocándose las manos ante la boca, para reprimir el segundo chillido.

Rubio cabellos, «cola de caballo»...

—Pase, pase, señorita. Aquí estamos algo nerviosos. Le presento a Trevor Baker, poseedor de un magnífico complejo de manía persecutoria.

Levantándose del suelo, Baker se palpaba el estómago. Dijo ansiosamente:

—¡Lárguese pronto, hermana!... Chille llamando a la policía. Chille otra vez pero fuera. Este tipo es un asesino.

—Exacto. Aquí hay un asesino, pero no soy yo, Trevor. Ella entraba en el preciso instante en que seguías teniendo la sartén por el mango.

Y Carfax hizo oscilar significativamente la automática.

—¡Lárguese, hermana! Vaya a llamar a la policía. Corra...

Laura Keyne apartó las manos de sus labios. Oscilaba también, como a punto de desmayo.

—Ey, ey, nene. No te sientas ahora débil, damisela. Y no vayas a llamar a nadie. Estaba comprometido cuando entraste, y si llamas a la policía, vas a ponerte de nuevo en situación comprometida.

—¡Lo admite, lo admite! —chilló Trevor—. Ya lo ha oído, hermana. ¿Y sabe por qué está comprometido? Porque anoche mató a un amigo mío.

Laura Keyne adquirió el empaque de maestra rectificando un error.

—Fué en Bundaberg, y el garajista que murió se llamaba Hugo Horsel.

—¡Y es este tipo quien lo mató! Si no estuviera usted como hipnotizada, comprendería que sólo puede salvarse gritando..., corriendo... Porque este tipo es un asesino. Lo sé porque también se metió aquí dentro para repetir la faena conmigo. Pero yo estaba preparado, y si usted no llega a...

—¿Dónde está mi arma Trevor? Tuve que agarrarme a la tuya.

—Puede que ahora pensaras una variante. Tal vez abrirme el cráneo. Tal vez apretarme el gaznate. ¿No la han estrangulado nunca, hermana? Siga aquí dentro y tal vez se dé cuenta de lo que es.

Vió Carfax el temblor en los hombros femeninos. Quitó el peine de la automática, y lo guardó en un bolsillo. En el otro, escondió el arma.

—Laura... Puedes escoger entre dos soluciones. Siéntate y escucha la historia completa. O vete y llama a la policía. Puedes hacer lo que quieras.

—Quiero oír toda la verdad, Brent —advirtió ella, sentándose en el borde de un silla, con las manos en torno a sus rodillas. Como

una colegiala aplicada.

También Trevor puso en pie la silla derribada, para instalarse en ella. Seguía temblando. Pero dijo burlón:

—Siéntate, Laura. Ahora, vas a oír el cuento que se inventará tu amiguito Brent...

—Voy a darte también a escoger, Trevor. Entre cerrar la boca, o romperte yo los dientes. Lo que voy a contar es la pura verdad, Laura.

Y resumió los hechos, ateniéndose a la estricta realidad. Cuando hubo terminado, miró a Laura, que dijo pensativa:

—Luchaste con Hugo, perdiste el sentido, y al recobrarlo viste que ya estaba muerto... Y te extraña que con el brazo derecho casi paralizado por el reciente golpe con la palanca, pudieras alojar un balazo tan certero.

—Esta nena ha leído muchas policíacas —rezongó Trevor—. Y además es una ingenua. Se cree todo lo que le cuentas, porque tú siempre tuviste suerte con las chicas.

—Escucha, Laura... Creo que será mejor que avises a la policía.

—Siempre habrá tiempo, Brent. Yo lo que sé es que este hombre no ha negado que te dispararon por la espalda.

Trevor Baker, extendidas las piernas, volvía de nuevo a ser el cínico.

—Ni siquiera estaba yo allí cuando le hirieron. Pregunta a los otros tres, ya que ahora no puedes preguntarle a Hugo. Nosotros no estábamos allí cuando hirieron a este embustero. ¡Demuestra que estábamos allí, Brent!

Con indignación rebatió Laura:

—Si no puede demostrarlo, esto no significa que no diga la verdad, señor Baker. Además, ¿quién le disparó en Sydney?

—Es otro cuento suyo...

—Que le dejó la cicatriz en el hombro. Yo la he visto esta mañana cuando nadábamos.

—Hablando de nadar. Trevor, ¿dónde está la laguna con «Poppy» hundido?

—¿Quién es «Poppy»? ¿Qué es una laguna?

—No te pongas tan machito conmigo, Trevor, viejo compadre.

—¿Por qué no? Delante de la chica no vas a pegarme un tiro. No pienso decirte nada. Y mientras ella esté delante, ni siquiera sé cómo me llamo.

—Apenas venga la policía, verá cómo lo recuerdas todo.

—A ninguno de nosotros nos interesa que venga. Lo mejor es que os vayáis y olvidemos esta nochecita.

—Estás cometiendo un grave error, Trevor.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Aciertes en que delante de ella, no voy a sacudirte. Pero puedo volver. Si yo maté a Hugo, puedo volver por ti.

—Acepto la posibilidad.

—Y también puede ser que yo no matase a Hugo, y entonces tendrás a otro visitante. Y no necesitarás policías cuando el visitante se vaya. Te bastará con el sastre tomando medidas para tu caja de madera.

—Asústame, pero no hablaré.

Laura Keyne intervino:

—Puede evitarse muchas molestias, señor Baker, hablando ahora.

—No acierto a comprender qué le va ni le viene en esto, hermana. A menos que esté ansiosa de un marido, y se imagine que este becerro...

Se levantó ella, colérica. Pero dijo suavemente:

—Voy comprendiendo por qué hay gente que desea matarle, señor Baker.

—Lárguese, hermana... Está perdiendo un tiempo precioso que puede emplear en darse besitos con este animal.

—Este animal te dice: «Hasta la vista, compadre». Vámonos, Laura. Abre la puerta.

Sacó la automática y volvió a colocar el peine, añadiendo:

—No intentes seguirmos, Trevor. Por ahora, la Ley no ha señalado una tarifa distinta. Por el mismo precio puedo tumbar a uno o a dos...

Empujó a Laura hacia la puerta, y al cerrarla desde fuera, vió a Trevor Baker, inmovilizado en su postura. Piernas extendidas, manos en los bolsillos, sonrisa cínica, lívido rostro de ojos negrísimos...

Laura caminaba de prisa y sólo aminoró el paso al llegar al pie de las escaleras:

—Sigo siendo la mocosa que daba vueltas en torno tuyo, Brent.

—Y sería mejor que no lo hicieras, aunque admito que me salvaste, porque Trevor estaba muy nervioso. Sería mejor que avisases a la policía. Estoy en un lío atroz, y haces lo imposible por meterte en él.

—Tú no mataste a Hugo.

—¿Cómo lo sabes? Anda, camina.

Subiendo las escaleras, aseguró Laura:

—Hace ya tiempo que me preocupo de ti, Brent. Ya de pequeña

estaba ansiando llamar tu atención Y fíjate... Crecidita, sigo portándome igual. Flirteé decorosamente con Derek Munroe, para irritarte.

En la amplia acera de la avenida, él la asió por el hombro. Casi como a un amigo.

—Oye, nena... ¿No estarás poniéndote seria conmigo? No estoy yo para pensar en tonterías de «enamorisquetas»...

Un estampido amortiguado llegó hasta sus oídos. Un ruido como un taponazo de frasco gigante. El hombro femenino se estremeció bajo la mano varonil.

—Quieta aquí, nena.

—¡Fué... una moto...!

No iba a perder el tiempo argumentando. Saltó de tres en tres los peldaños, descendiendo hacia la casita.

Parecía como si Trevor Baker no se hubiera movido. Seguía piernas extendidas, manos en los bolsillos, pero ya no ostentaba una cínica sonrisa. Un hilillo de sangre serpenteaba desde el centro de su frente, rostro abajo, hasta formar como una corbata en la pechera de su camisa.

CAPÍTULO VIII

Al subir de nuevo las escaleras, Brent Carfax había deducido que la muerte de Trevor Baker demostraba que también era otro índice el que apretó el gatillo que terminó con Hugo Horsel.

Los últimos pensamientos de Baker no eran tan absurdos. «Algún está impaciente en el asunto de la laguna». ¿Clay Burton? ¿Bud Harding?

Uno de los dos le había seguido desde Sydney, una vez fracasado en su intento. ¿O aquel intento había sido sólo para enardecerle y lanzarlo contra los otros tres? Lo cierto es que le esperó en Bundaberg, y luego en Mackay.

Para colgarle los dos muertos, y que lo colgasen a él...

Prendió por el codo a Laura, obligándola a caminar de prisa. Desde varias direcciones se formaban grupos acudiendo hacia las cabinas playeras.

—¿Era... era Trevor Baker? —musitó ella.

—Muertísimo. Un balazo en la frente. Marca mortal de necesidad.

—Eso... demuestra que tú... tenías razón, Brent... No mataste a Hugo.

—Vas a volver al hotel, y yo me voy a hablar con la policía. Es necesario que estés fuera de todo esto. No me has visto esta noche.

—No, Brent. Porque la policía no te creerá...

—¡Basta de argumentar, maestra! No permito que te entrometas en esto, porque huele a pólvora. Hay un tipo rondándome. Yo soy su pantalla para matar. Y si sigo viajando, él puede ir matando a los otros dos, puesto que al final, cuando la policía haga sus deducciones, es a mí al que pescarán. Fíjate cómo están las cosas, que podría él matarte a ti, y yo cargar con la culpa... Por eso tengo que ir a la policía.

—Muy bien. Y yo contigo. Y diré que estuviste conmigo ayer por la noche, hasta que te peleaste con el soldado, y yo me escapé porque estoy empleada en una agencia de viajes que no quiere escándalos. Y hemos estado juntos toda esta noche. Y tú estás reponiéndote de una depresión nerviosa, como pueden atestiguar el doctor Rosewall y Nilsen. Por lo tanto, la policía me creerá a mí. No a ti.

—Esto es el colmo —rezongó Carfax, honestamente indignado—. ¿Serías capaz de mentir con tanta desfachatez?

—Prueba y verás.

Lo cierto es que era él quien la había asido del codo para apartarla de la explanada donde estaban las cabinas del difunto Trevor Baker, y ahora era ella la que, muy enlazada a su brazo, le conducía hacia el hotel.

—¿Cuál de tus cuatro conocidos ves más capaz de matar así con tanta cobardía, Brent?

—Ya sólo quedan dos, y en realidad ninguno de los cuatro me parecía capaz de esto... Y ninguno de los que quedan, ni Clay ni Bud... me parecen... En todo caso no Clay, que era un débil de carácter.

—Piensa en el otro.

—¿Cuál otro?

—Trevor Baker lo dijo bien claro. Dijo que no estaba presente cuando te dispararon. Eso era mentira. Pero añadió que les preguntases a los otros tres, ya que Hugo estaba muerto. *A los otros tres* —silabeó ella, despacio.

—Trevor se equivocó. Un trabalenguas en el número.

—Imposible. Si sólo estuvieran cuatro confabulados en matarte, Trevor debió pensar en ello cientos de veces. Y al morir Hugo, la cuenta se le presentaba muy clara. Sólo quedaban tres con él. Y sin embargo, lo dijo muy decidido... «Pregúntales a los otros tres, ya que ahora Hugo está muerto». Una cuenta muy clara. Él no podía equivocarse.

—Escucha, no me aturrulles más de lo que ya estoy embarullado. Sólo estaban allí los cuatro... Bueno, y el tipo dueño del oro, pero éste queda descartado: me reveló Hugo, y no mentía, que lo echaron al agua en alta mar, y debieron hacerlo asegurándose que no volvería a flote.

—Piensa que éste podía tener un amigo, un cómplice, esperándole en Australia. Y este cómplice se presentó ante tus cuatro antiguos amigos, y reclamó... Pero pensaba vengar la muerte de aquél, y ahora aprovecha la ocasión de que tú... ¡Está clarísimo! No eran tus amigos los que te seguían en Sydney. Era un desconocido para ti. Si cualquiera de tus amigos te hubiese seguido, te habrías dado cuenta.

—Rebato este punto. He demostrado ya que no soy nada listo, adivinando si me siguen. Fíjate en que tú misma me seguiste hasta casa de Trevor, y ni me di cuenta.

—Porque no pensabas en ello, Brent. Estabas tan obsesionado

con encontrar a Trevor que no miraste una sola vez si eras seguido.

—Tú sigue pensando en tu misterioso tercer hombre. Yo tengo que pensar sólo en Bud y en Clay. Uno de ellos es el que está eliminando a los demás, el muy canalla, valiéndose de mi regreso.

—Muy bien. Yo sólo trataba de ayudarte —suspiró ella como resignada.

Al menos había conseguido que abandonase por el momento la idea de presentarse a la policía, sin pruebas suficientes para poder defenderse.

Caminaron en silencio, y recordó Carfax que llevaba la automática de Baker. Eligió una alcantarilla en la opuesta acera, y apartó la mano femenina de su antebrazo, atravesando rápidamente la calle.

Cuando ella le alcanzó, parecía estar encendiendo un cigarrillo. Pero empujó con el pie, y dijo:

—Íbamos listos si me pillaban con el armamento de Trevor encima. Y hablando de todo un poco, ¿cerraste mi maleta y mi puerta cuando abandonaste mi habitación?

—Naturalmente. Hasta recuerdo que amontoné la ropa de modo que ocultara tu revólver.

—A veces demuestras tener sentido común, nena. Y sin embargo, no pensaste en lo que podía haberte ocurrido si yo hubiese sido un asesino. Estabas siguiéndome hasta un sitio inhabitado, y diste vueltas en torno a la casa en la obscuridad...

—Reconozco que estaba muy asustada. Pero estaba también segura de que no podías ser un asesino.

Entraban en el patio del hotel. Aproximándose a su habitación, indicó él:

—Si se te ocurre registrar, ponte guantes, querida.

Abrió la puerta y encendió la luz, añadiendo:

—No debes dejar huellas en asuntos donde la muerte acecha.

—Estoy pensando que el hombre de Bundaberg murió de resultas de un balazo cuyo calibre corresponde a tu revólver. Pero esta noche fué otro revólver el que mató a Trevor. Por lo tanto, la policía no puede relacionar ambas muertes. Y si preguntasen, yo puedo jurar que tu revólver estuvo en la maleta toda la noche.

—¿Sí? —gruñó Carfax, revolviendo la maleta.

—Naturalmente que lo podría jurar.

—Pues mentirías, nena. Aquí no está mi revólver.

Cuando cinco minutos después, hubieron ambos registrado toda la habitación sin hallar el 7'65 «Colt», murmuró ella:

—El asesino vino por tu revólver, Brent.

Brent Carfax asintió, arrugada la frente. Dijo cansinamente:

—Nada resolveremos discutiendo esta gran verdad. Voy a dormir, Laura... Mañana será otro día. Gracias por tu ayuda, muchacha. Hasta, mañana.

La empujó hacia la puerta, amablemente, pero decidido. Y al salir repitió:

—Gracias por tu ayuda. Hasta, mañana.

El «pullman» deslizábase por la hermosa carretera secundaria hacia otra playa pintoresca. Interludio en la etapa tercera. Las playas donde el coral empezaba a festonear formando lagunillas.

Laura Keyne, por el micrófono, estaba recitando:

—...Estos senderos con peldaños abiertos en las rocas, son los caminos que emplearon los buscadores de oro...

Oro. Medio millón encerrado en la barriga de «Poppy», allá en una laguna de Hayman. Final del viaje.

Sus pensamientos se hicieron confusos, hasta que estuvo solo en la habitación del hotel-balneario de las Playas Paraíso. Desde su ventana veía una piscina fantástica.

Allí estaba el doctor bañándose con prudencia. Lewis Nilsen se bañaba con vigor, torpemente. Creyendo que nadaba.

Y Laura. Una preciosidad en bikini.

Salía de la piscina riendo en compañía de un joven Apolo, todo músculos. Tantos músculos que debía estar fatigado transportándolos. Aquel joven atleta tenía unos ojos azules que estaban acariciando a Laura.

Brent Carfax respingó. Consideraba natural que un inspector de carreteras del condado de Queensland recorriera carreteras en aquel condado. Pero la obligación de Derek Munroe era estar en Bundaberg, ayudando al constable Howard a encontrar al asesino del garajista Horsel.

Derek Munroe compartía la sombra del parasol sobre la mesita en compañía de Laura. Brent Carfax se aproximó sin ser visto. ¿Estaría el policía preguntando acerca de las actividades de un sospechoso llamado Carfax?

Oyó a Munroe decir con su tono lento, parsimonioso:

—Espero no lo considere una impertinencia, Laura, pero la más bonita de todas las artistas de cine no le llega a usted ni al tobillo.

—Muchas gracias, Derek —sonreía ella.

—Sí que es verdad, Laura. No le llegan a usted ni al tobillo.

Aquel piropo imbécil y reiterado, irritó extrañamente a Carfax.

Más que si hubiese oído al inspector insinuar sus sospechas sobre Carfax.

—Hola, hola, *sheriff* —intervino avanzando, y apoyándose en la mesita—. ¿Las ve tan pequeñas a las artistas del cine o es que Laura tiene las piernas de la Estatua de la Libertad?

Derek Munroe examinó al intruso como quien ojea un insecto.

—Ya tenemos al chistoso en persona, señorita Keyne. Y oiga, amiguito, los chistes se los endilga usted a otro...

—Purifique su léxico, *sheriff*. Hay una dama delante, recuerno.

Derek Munroe dobló las largas piernas como quien va a levantarse.

—Oiga, Carfax... Cuando aparece usted, me doy cuenta de pronto de que uno de los dos sobra.

—Yo pagué mi butaca en la agencia. Usted no. Además, aquí no estamos en Bundaberg, o sea que no se ponga machote conmigo.

—¿No...? ¿Y qué piensa usted hacer para impedírmelo?

—Llamaré a un guardia —aseguró Carfax.

—Vamos, vamos, señores. Parecen ustedes dos estudiantes de primer grado dándose empujoncitos —terció Laura. Parecía satisfecha.

—Él es más grande que yo, maestra.

—Siento que demos una escena, Laura. Por mí, se acabó. Déjeme en paz, Carfax.

Sentándose, Brent Carfax rió con avinagrada mueca.

—Por aquí no encontrará vagabundos encendiendo fuegos con leña ajena. Además, yo le hacía olfateando y provisto de una lupa, escarbando el suelo de Bundaberg. ¿Ya solucionó aquel caso o se ha aburrido de escarbar en balde?

—No está aún solucionado, pero no tardará.

—Eso es, eso es. Sólo le falta averiguar quién mató. Un detalle trivial. Ya sabe quién es el muerto. Algo es algo. Y voy adivinando su táctica genial, Munroe. Usted ha venido aquí, para que así el asesino en Bundaberg no sospeche que le anda usted olfateando. Táctica genial.

—Usted se imagina que soy un idiota, ¿no, Carfax? El que mató en Bundaberg al garajista, repitió anoche con otro en Mackay. También con el calibre 7'65 mm. En fin, me está prohibido hablar de los casos en marcha.

—No se lo reproche a sí mismo, Derek. Es Brent el que hace lo posible por exasperarle.

—Y lo hace muy bien, señorita Keyne. De todos modos, estoy investigando por mi cuenta, sin seguir la pista por la que va el

constable. Y a todo esto, ¿nadamos un poco?

—Ahora mismo voy —prometió Laura.

Derek Munroe se dirigió al trampolín. Brent Carfax dijo fervientemente:

—Ojalá no sepa nadar.

—Sabe.

Munroe efectuó un acrobático salto de ángel. Y empezó a nadar a un ritmo igual, velozmente.

—Este ballenato debe llevar un motor en salva sea la parte. Nada como un pez, pero estoy seguro que los peces tienen más seso que él.

—No demuestras tú mucho más, Brent. Haces lo imposible por exasperarle. No es inteligente tu táctica.

—Al contrario. Un maleante procura halagar a la policía. Y cuanto más antipático le sea, menos pensará en mí como sospechoso. Piensa en mí sólo como rival. Ningún sospechoso le estaría hostigando. Y además me gusta exasperarle al muy engreído.

—Te comportas infantilmente, Brent.

—Y tú le estabas sonriendo extasiada. ¿Para irritarme?

—Trataba de saber por qué ha venido. Y veré si lo consigo.

Se levantó, zambulléndose con destreza para unirse a Derek. Jugaban en el agua como una sirena y un cachalote, pensó Carfax.

La comida fué deliciosa. Al menos para Munroe y Laura, que comían juntos en una mesita aparte. Y después, juntos pasaron al casino de juego, en cuya ruleta arriesgó Munroe varias fichas de libra, hasta amontonar una veintena.

A su lado, Laura parecía admirar su gran talento eligiendo números.

Seguía jugando Munroe con prudencia calculadora, cuando ella salió al vestíbulo. Con luz de enojo en los grandes ojos claros.

—Actúas como el villano de un folletín, Brent. Acechando de tal modo a Munroe, que acabará por recelar de ti.

—Bastará que le digas que estoy rabiosamente enamorado de ti; está muy celoso

El semblante femenino adquirió un leve sonrojo.

—Munroe no es el estúpido que te imaginas. Y ha encontrado una pista. En el garaje, hallaron un papel donde Hugo Horsel había escrito unos nombres y unas cifras. Me lo ha enseñado. Lo tengo en la memoria. Hugo había escrito: «Yo, 860 libras», y debajo en una sola columna había añadido: «Trevor, 790 libras; Clay. 310 libras; Bud 1260 libras». ¿Sabes lo que esto significaba?

—Las cuentas que llevaba Hugo. Deben ser las cantidades que

cada cual empleó en comprar terreno en la laguna donde se hundió «Poppy». Lo que me preocupa es lo que deduce Munroe de esta contabilidad.

—Ya te dije que no es estúpido. Deduce que cuatro hombres estaban asociados en alguna, compra o inversión de dinero. Y que uno de los dos restantes puede saber algo acerca del asesino.

—Entonces... debió hallar una agenda con direcciones en el garaje, y puede identificar a los cuatro.

—No. No encontró agenda alguna. Por cierto, dice que los cajones de la mesa despacho del garaje estaban revueltos como si alguien los hubiera registrado a fondo. El asesino.

—Esto es muy razonable. Yo estuve inconsciente unos veinte minutos. Bud o Clay pudieron recoger la agenda con sus direcciones o cualquier papel comprometedor, no hallando éste donde figuran sus nombres con una cantidad. Y esta lista echa por tierra tus cábalas acerca de un tercer hombre. Sólo figuran ellos cuatro como compradores de terrenos en la laguna.

—Bien, pero volviendo a Munroe, estuvo preguntando por Bundaberg, y supo que Hugo Horsel conocía a un hombre llamado Trevor en Mackay, a otro llamado Clay en Cairns... No pudo averiguar apellidos ni direcciones. Y decidió hacer el viaje hasta Mackay, para tratar de localizar a Trevor. El constable Howard le dijo que esto era perder el tiempo.

—Mi voto a favor del constable Howard.

—No sé cómo puedes sentirte chistoso Brent.

—Es mi modo de no crujir los dientes, desesperado. Sigue, nena.

—Entonces, Munroe, llegado de noche a Mackay, dejó para la mañana siguiente iniciar sus pesquisas. Y al desayunar esta mañana...

—Cogió el periódico y se encontró con un hombre llamado Trevor, difundo. De resultas de un encontronazo con un plomo del 7'65 mm. Y se apresuró a comunicarlo telefónicamente a su jefe.

—Leyó en el periódico el asesinato de Trevor Baker. Pero no ha comunicado nada. Quiere solventar el caso por sí mismo, y obtener así el ascenso. Piensa ir esta noche a Cairns, en busca de Clay. ¿Qué piensas tú hacer, Brent?

—Si pudiese atrapar a Clay antes que lo haga Munroe, puede que obtuviera las pruebas de que es Bud el asesino. Porque sigo pensando que es imposible que Clay, el más flojo de los cuatro, sea el que liquidó a Hugo y a Trevor. Pero, ¿cómo adelantarme a Munroe? Tiene un «Kerra 12» que devora las millas a cien por hora.

Casi me dan ganas de birlarle el coche.

—Se daría cuenta y sería peor...

—¿Por qué ha de darse cuenta?

—Porque... en fin, me ha invitado a dar un paseo con él. Y aceptaré. Así tendrás tiempo para llegar a Cairns. El «pullman» no sale hasta mañana por la mañana. Yo entretendré a Munroe. Le diré que tú has ido a recorrer las salas de fiestas de la ciudad. Y en cuatro horas puedes plantarte en Cairns. Hay autocares cada cinco minutos entre estas playas y Cairns. ¿De acuerdo, Brent?

—De acuerdo.

—Júrame que... irás con mucho cuidado.

—Descuida. Sobra el consejo. Y si saben que estoy en Cairns, a nadie le puede extrañar, puesto que es la ciudad del juego. Es como si dijéramos el Reno o Las Vegas de Australia. Sólo que yo voy por una partida decisiva.

CAPÍTULO IX

Aquella ruidosa ciudad noctámbula era Cairns, el Montecarlo de Australia. Poblada de gente intentando centuplicar sus capitales en las máquinas «naranjeras»³, en las mesas de faraón, bacará, poker, dados y ruleta.

Brent Carfax había llegado a las cuatro de la tarde a Cairns. La dirección que poseía de Clay Burton era la de una modesta pensión. Allí le notificaron que Clay Burton había sido expulsado por adeudar tres semanas.

Estaba empleado como mozo de equipajes de un hotel. En el hotel le informaron que habían despedido a Clay Burton porque era un fanático de las naranjeras y se olvidaba de su horario de trabajo.

Le habían admitido como mozo de recados, eventualmente camarero, en otro hotel. No era su turno de trabajo, informó el jefe de personal.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle? —inquirió Carfax.

Guardando el billete de Banco, el jefe de personal se hizo obsequioso:

—Burton está obsesionado con las naranjeras. Se pasa el tiempo libre jugando en ellas cuando tiene dinero. Cuando no tiene, las estudia, tomando notas sobre las que pagan campanillazos, y sus rachas. Lo cierto es que siempre deja su dinero en ellas. No tiene más amor que las naranjeras.

«No, no —pensó Carfax—. Clay Burton tiene otro amor: un lote de oro hundido en una laguna de coral.»

—¿Gana alguna vez?

—Ya sabe usted cómo son los porcentajes en este juego, señor. Siempre ganan las máquinas. Pero por dos veces acertó el campanillazo.

—¿Tiene algún local de preferencia?

—Los visita todos. Generalmente, empieza por los de la calle Harold, y sigue por Nap's River.

Y Brent Carfax llevaba ya cuatro horas recorriendo locales. En Cairns había naranjeras en casi todas partes, hasta en las paradas de autocares.

Empezaban ya a zumbarle las sienes, ensordecido por el estruendo de monedas, palancas, giros de rodillos y *croupiers*

recitando sus cantinelas.

Entró en el segundo piso de un casino, decorado como una galería minera. La diferencia estribaba en que en vez de sacar plata, los que allí estaban la introducían en las ranuras de las naranjas.

Había cinco hileras de máquinas, y todos los jugadores parecían autómatas, sólo pendientes de escrutar las evoluciones de limones, naranjas y campanillas. Los había muy expertos. Introducían las monedas, y empujaban la palanca con verdadera maestría.

Uno de ellos sobre todo.

De rostro blanco, ojos desvaídos azules, estrecho de hombros... Parecía fascinado, drogado, totalmente absorbido en su máquina. La última de la tercera hilera, junto a la pared. Así se aislaba mejor el fanático Clay Burton.

Brent Carfax se colocó a su lado, cuando Burton introducía otra moneda en la ranura.

—Hola, Clay —saludó en voz baja. Y a la vez abría la diestra dentro del bolsillo, empujando la tela con el índice recto—. Tómalo suavemente, Clay. No empieces a bramar de contento por verme.

Clay Burton, delgado y con incipiente calvicie que agrandaba su frente, no hizo el menor movimiento. Escudriñaba las tres bandas giratorias.

Se separaron. Dos naranjas y un limón.

De la máquina no salió nada. De la frente de Burton salió un brillante sudor...

Carfax, con la zurda introdujo una media corona en la ranura. La diestra de Burton, instintivamente, empujó la palanca.

Dos naranjas y una cereza. Dentro de la copa cayeron cinco medias coronas.

—Fíjate, compadre —sonrió Carfax—. Te traigo suerte, ¿verdad?

—Sabía que de un momento a otro me encontrarías.

Chay Burton lo dijo con voz débil, resignada.

—¿Y por qué estabas tan seguro?

—Primero, Bundaberg... Luego, Mackay... Ahora... Cairns.

—¿Y qué ha pasado en Bundaberg y en Mackay?

—Escucha, Brent. Yo no quiero que te pongas furioso aunque no creo que nada de lo que te diga, pueda enfurecerte más. Pero leo los periódicos, ¿sabes?

—Y leíste algo acerca de Hugo y Trevor. ¿Por qué lo relacionas conmigo? ¿Sabías, siquiera, que yo estaba vivo y de vuelta?

Clay Burton colocó una moneda.

—Probablemente no me crearás. Me supo mal que te pegasen un tiro. Me entró un mareo y hasta vomité cuando te vi allí, boca abajo. Y soy el único del equipo que sabía que no estabas muerto. Porque llegué el primero, y pude meterte la mano bajo tu pecho. Oí los latidos del corazón. Pero dije a los otros que estabas muerto. ¿Por qué lo hice? Para mí tú eras un buen compañero. Me habías ayudado en momentos de apuro... Bien, no estás obligado a creermme, Brent.

—Sigue jugando con la naranjera, Clay. Así pareceremos dos absortos jugadores alternando las apuestas.

Empujó la palanca. Dos cerezas y una naranja. Cayeron en la copa tres medias coronas. Clay Burton fué colocando las monedas una tras otra en la ranura.

—Me supuse que algún día te asomarías por aquí, Brent.

—¿No te lo dijeron ellos?

—Si lo sabían, se lo callaron. Hemos cambiado mucho. Ahora ya no hay compañerismo...

—¿Crees que yo me cargué a Hugo y a Trevor?

—¿Quién si no?

—Entre vosotros no hay mucho cariño que digamos. ¿Por qué no pudo ser Bud, o tú mismo?

—Yo no te acuso, porque lo que nos pueda pasar, nos lo merecernos. Pero no pudo ser ninguno de nosotros dos, ni Bud ni yo, por dos razones. La primera es que hace más de un año que ya estamos metidos en el mismo tinglado. Si cualquiera de nosotros hubiera deseado liquidar al resto, hace tiempo que hubiese empezado la matanza. La segunda razón, puede parecería ridícula, pero es la verdad. No hubieran empezado con Hugo o con Trevor, sino conmigo.

—No es para defenderte, compadre —aseguró Carfax, sarcásticamente—, pero me pareces el menos peligroso.

—Puede que yo no sea peligroso, pero les resultaba una carga. En nuestra sociedad, cada cual debía aportar el máximo de dinero para comprar terrenos. Y yo he tenido muy mala suerte. Sólo he podido contribuir con unas trescientas. Los otros estaban enojados conmigo, y si alguno de ellos me hubiese liquidado, los otros le habrían dado una medalla. A lo mejor, no comprendes...

—Ya conozco el negocio de la laguna, Clay.

—¿Lo sabes ya? ¿Te lo dijeron ellos? ¿Hugo? ¿Trevor?

—Los dos y si te figurabas ser el tercero de mi lista, ¿por qué no echaste a correr, en veloz retirada hacia el interior?

La carcajada de Burton armonizó en perfecta concordancia con

los chirriantes ruidos de monedas, palancas y giros de las bandas.

—¿Largarme dónde, Brent? Esta tarde empecé con dos billetes, y le debo dinero a todo el mundo en Cairns. Nadie me presta ya nada. Y si me hubiese largado, ¿qué con ello? Habrías dado igualmente conmigo. Y a lo mejor, también Bud habría venido por mí. Puede imaginarse que ya estoy tan asustado que hablaría con cualquiera que me diera un par de miles por mi lote en el botín. Estoy cansado, Brent. Reventado, fatigado, harto... ¡Decídete ya, si piensas darme el paseo!

Carfax escrutaba el perfil de su ex amigo. Parecía como si en las máquinas, además de su dinero, hubiera dejado su sangre.

—¿Sabes lo que tengo en el bolsillo, Clay?

—No hace falta ser fakir, Brent. Un revólver.

—Una mano con cinco dedos. Nada más. Echa un vistazo.

Carfax sacó la mano, golpeó el bolsillo vacío, y la extendió palma arriba.

Burton miraba como un niño presenciando los alardes de un prestidigitador.

—No acabo de entenderte, Brent.

—Es sencillo. No vine a Cairns para hacer tiro al blanco contigo.

—¿Qué te propones, entonces?

—Probar suerte ¿No es aquí la Meca de los jugadores? Necesito de ti, Clay. Necesito que me orientes, aunque ya sepa lo principal.

—Entonces, ¿sabes ya que la laguna es la del sur de los picachos de Hayman, junto a los arrecifes de los Convictos?

—Esto ya lo sabía —mintió Carfax—. Otras cosas son las que quiero que me digas.

Burton volvió a reír, empujando la palanca.

—¡Naranjas! —anunció burlonamente.

Pero había tres naranjas en la mirilla. Y en la copa empezaron a caer monedas.

—Esta va a ser mi gran noche, Brent. Por de pronto, ya te hice caer en un farol. La laguna está en Hayman, una isla de muchos cientos de kilómetros, pero ni al sur, ni junto a los Convictos. O sea que todavía no has averiguado dónde se hundió «Poppy». Y comprendo por qué estás tan amable conmigo. Comprendo por qué necesitas que te ayude. Y has acertado con el adecuado compadre.

—Puede que seas el adecuado, si no meditas ninguna jugada sucia.

El rostro de Burton se había sonrosado, denotando su estado febril. Y sus manos temblaban mientras rellenaba la ranura y

empujaba la palanca.

—Los dos podemos hacer el negocio... ¿verdad, Brent? No podías confiar en ninguno de los otros, pero sí en mí. Y yo sé que eres un buen muchacho. Y cada uno de nosotros dos, tenemos lo que el otro no tiene. Tú tienes el valor y la decisión. Y yo tengo la exacta situación de «Poppy». Por lo tanto, está claro. ¿Mitad y mitad, Brent?

—Todo lo que se te ocurre es que eres la máquina naranjera. Tú das las tres naranjas, si no te arreo el campanillazo. Yo empujo la palanca, y sacamos el medio millón para repartir. Pero yo no lo veo así, Clay.

—¿No? —y Burton, como todos los cobardes, empezaba a envalentonarse al creerse fuera de peligro—. ¿Es que piensas asustarme?

—Puedes empezar a sudar de nuevo, Clay. Yo no maté a Hugo ni a Trevor.

Burton frunció el entrecejo al ir empujando la palanca, y comprobar que no salía ninguna combinación favorable.

—¿Puedes demostrar que no fuiste tú, Brent?

—No. Y posiblemente cuando tú seas un putrefacto fiambre, tampoco podré demostrar que no fui yo el autor de la buena obra. Y por lo tanto, sólo quedaría Bud Harding.

—Ya te lo he negado antes. ¿Por qué iba a esperar Bud un año para empezar a matar? ¿Por qué no empezó conmigo, que residó más cerca de Hayman, que es donde vive él?

—Él no tenía coartada, hasta, que yo llegué. Necesitaba a alguien que pudiera cargar con la responsabilidad. Y no empezó contigo, porque tú no eras el primero de mi lista de visitas. ¿Te das cuenta?

—Seguro, Brent, seguro. Es tal como dices, seguro.

—Pero no me crees, ¿verdad?

—Tú me indicas lo que debo creer, y lo creo. Pura fe en ti, muchacho.

—Empecemos por demostrar esta fe... ¿Dónde se hundió «Poppy»?

—Primero hagamos el trato. Mitad y mitad, Brent.

—No seas terco, Clay. El único trato es procurar que no te maten.

Dos manchas rojizas en los pómulos delataban la fiebre del jugador, que iba dándole a la palanca, con maquinales gestos. Y que habló silbante el tono, entre dientes:

—Tanto me da estar vivo como estar pudriéndome. ¿Qué clase

de vida llevo? Hacer gimnasia con maletas de otros. «Gracias, señor... Abra la ventana, mozo... Sí, señor... Tráigame hielo, mozo... Sí, señor» Y así estoy. Digo que sí a todo compadre. No me importa que matases o no a Hugo y a Trevor. Si fué otro, te evitó la molestia. Todo lo que ahora quiero es mi parte. Es mi única posibilidad de tener dinero. Hazme una buena oferta y soy tu mozo. Ponte duro conmigo, y todo se va al infierno. ¿Hacemos negocio, sí o no?

Era ya evidente que Clay Burton se había deshumanizado. Era una máquina más. Le importaba poco estar en peligro. Sólo pensaba en obtener dinero, como fuese.

Brent Carfax alzó los hombros.

—Bien. Tú ganas, Clay. Repartiremos lo que saquemos.

—¡Muy bien, compadre! ¡Así se habla! Para empezar...

—Para empezar, dime sólo una cosa: ¿quién me pegó el tiro?

Clay Burton emitió una risita divertida.

—Este buen viejo de Brent... Tu pregunta tiene una respuesta asombrosa. El que te pegó el tiro, era el que estaba dentro del lanchón. Sí, hombre. Te mintieron al decirte que el pasajero estaba en una cabaña. Él estaba ya dentro de «Poppy», con su cargamento. Escondido entre las cajas. Voy a probar suerte con la última moneda. No te impacientes, Brent. La última tirada.

Clay Burton empujó la palanca, y al detenerse los rodillos, rezongó disgustado.

—Limonos.

Nada salió de la máquina. Pero entre el ruido, se destacó el clásico estampido de un disparo. Clay Burton se miró asombrado el pecho, crispando sus manos en torno al corazón.

Después las adelantó, cogiéndose a la máquina. Resbalando lentamente, como un pelele sin sangre, como un maniquí de cera. Enamorado de la máquina, a la que se abrazó, arrodillado, hasta que los brazos cayeron a sus costados, y dando una leve cabezada, se desplomó y quedó inmóvil, ajeno a todo juego, muerto.

Un objeto golpeó el cuerpo de Burton, antes de chocar metálicamente con las patas de la máquina.

Un revólver «Colt», calibre 7'65.

CAPÍTULO X

Probablemente sólo había transcurrido un segundo, pero a Brent Carfax se le antojó un siglo de estupor. Aquel revólver era el suyo. Y no había nadie cerca.

Sólo hileras de máquinas que servían de magnífico parapeto, si el autor del disparo y del lanzamiento del revólver, quería repetir la suerte con arma propia.

Brent Carfax oyó un chillido de mujer. Se inclinó pana recoger el «Colt». Era preciso defenderse contra Bud Harding. ¿Dónde estaba Bud Harding? Había muchos rostros lívidos espiándole, mientras corría entre las dos hileras de máquinas.

No necesitaba hacer lo que Clay Burton hizo por él. No necesitaba buscar los latidos del corazón de Clay Burton, que había cesado de atormentarse en su pasión por las máquinas.

Tardaban los jugadores en darse cuenta que acababan de matar a un hombre.

Había un rumor confuso de comentarios excitados, creciendo en intensidad a medida que iban repitiendo lo que luego sería un titular en la prensa: «Un hombre muerto de un disparo».

Y Brent Carfax no quería que le culpasen de aquella muerte. La gente se apartaba cuidadosamente, al correr hacia las escaleras. Dos hombres conversando, se apartaron como los palos de una bolera...

En realidad, él no les apuntaba, sino que trataba de adivinar por dónde le llegaría el disparo, y por eso dirigía el cañón del «Colt» a todas partes.

Al llegar al otro rellano, vió una hilera de rostros expectantes, mientras oía el zumbido constante de un timbre de alarma. Y gritó:

—¡Allí, en el segundo, aprisa! ¡Allí!

Señalaba hacia lo alto.

Cuatro individuos se destacaron, subiendo los peldaños de dos en dos, y a la vez llevándose las diestras al bolsillo posterior o al sobaco.

Otros, que en sus bolsillos sólo llevaban pañuelos y carteras, se sintieron también atacados de la fiebre de la caza del hombre. Hacía ya unos instantes que Carfax había guardado ya su revólver.

Y aquella casa parecía ya una gigantesca máquina naranjera, donde la muerte de Clay Burton había pulsado una enorme palanca,

que estaba arrojando masas de hombres excitados y coléricos.

Pero él se iba a convertir en muy impopular, tan pronto pasase la primera confusión. Llegaba ya al vestíbulo de salida, cuando en las escaleras asomaron hombres corriendo, señalándole y gritando:

—¡Detenedle!

—¡Alto! ¡Pegadle!

—¡Es un pistolero! ¡Arriba las manos!

Carfax emprendió un veloz sprint.

Al llegar a la primera esquina, giró, penetrando en un umbral. Oía los taconazos de los que acudían corriendo. Se quitó la americana, frotando con ella el revólver, e hizo con ella un rollo que dejó caer en el suelo.

Acudían otros corriendo, y él, asomándose, gritó:

—¡Por allí, en aquel callejón!

Y los tres perseguidores, desorientados desde que emprendieron la persecución iniciada por los gritos y llamamientos, apretaron el paso en el sentido que él les indicaba.

Corrió Carfax en dirección contraria. Ahora ya no le identificarían tan fácilmente, porque se había quitado la llamativa chaqueta a cuadros.

Pero había otros tres corriendo tras sus tacones. Y dejó pasar a uno, coreándole en sus gritos de persecución. El segundo también le adelantó.

Sólo quedaba el tercer corredor. Un atleta con buenos pulmones. Que casi le daba alcance, pero que mantenía el ritmo de zancada, de modo que siempre quedaba tras él.

A medida que Carfax aminoraba el sprint, el otro también. Y Carfax no quería mirar por encima del hombro. Pero no pudo evitar la curiosidad.

Y se estremeció, sudoroso. Aquel seguidor que parecía un compañero de carrera pedestre, era el inspector de carreteras del Condado de Queensland: Derek Munroe.

Y la expresión de Derek Munroe le recordó a Carfax la de un lobo de las praderas persiguiendo a un solitario cordero.

Por unos instantes, sintió pánico. Bajando la cabeza, inició otra carrera de campeonato. Atrás, la distancia siguió siendo la misma: unos tres pasos.

Arreció en velocidad, pero el sonido de los pasos persiguiéndole, no se alejaba. Y el cansancio martilleaba en las costillas de Carfax, poniendo resuello fatigoso en su respiración de fumador.

Miró atrás de nuevo.

Derek Munroe corría con fácil zancada de atleta entrenado, aunque Carfax le veía con larga lengua roja, largos colmillos afilados, con mueca de lobo cerca ya de su presa.



Acercandose, apoyó una mano en la mesa...

Pero Munroe hablaba sin tono amenazante:

—Vamos, vamos, Carfax. Deténgase ya.

Era el colmo, pensó Carfax, deteniéndose. No sólo Munroe le igualaba en velocidad, sino que además podía permitirse el lujo de desperdiciar aliento hablando.

Y él no tenía ya soplo ni para apagar una cerilla. Cientos de cerillas estaban encendiéndose en sus pulmones.

Unos cuantos corredores espontáneos pasaron de largo. Derek Munroe apoyó las anchas espaldas en la tapia cercando un solar.

Mirándole, mientras recuperaba aire.

Por fin, pudo Carfax hablar:

—¿A qué está esperando, *sheriff*?

—Compañerismo puro, Carfax. Esperándole para proseguir en la carrerilla.

Frunció Carfax las cejas. No era la respuesta que esperaba. Él había aludido en su pregunta a las clásicas esposas rodeando las muñecas del altamente sospechoso.

Se sintió inmensamente aliviado. Munroe debió verle correr con los demás ciudadanos honorables, y le acompañó la zancada amistosamente. Tal vez ni siquiera sabía que había muerto un hombre en la galería de máquinas. Tal vez no tenía la menor idea de que el muerto se llamaba Clay, el tercero de la lista.

Y si había expresión lobuna en aquel rostro enjuto, se debería al ejercicio.

Posiblemente, Munroe no estaba aún seguro de si estaba sobre la buena pista, y esperaba que él, Carfax, cometiera un fallo.

Era preciso actuar con calma, con mucho tiento...

—Tiene usted unos pulmones de primera clase, *sheriff*. Yo no. Tal vez si persiste pueda cazar al tipo.

—¿Y qué haría yo con el tipo, si lo cazaba?

—Arrestarlo, detenerlo, esposarlo. ¿Qué otra cosa podría hacer un policía?

—Una serie de ciudadanos corrían y me aproximé para ver de qué se trataba. No veía al perseguido. ¿Qué diablos pudo hacer?

Pero pese a sus palabras inocentes, seguía alentando en los azules ojos del inspector un destello peligroso. De lobo al acecho.

—Yo estaba probando suerte en una serie de naranjeras de Virginia Alley y un tipo empezó a correr, perseguido por otros. Tal vez acababa de cometer un atraco.

—Mala ciudad para un atraco. Sólo hay tres carreteras, fáciles de bloquear. No irá muy lejos el atracador.

—Si usted lo caza, podrá lucirse.

—Esta ciudad no es de mi coto. Ya sabe lo que pasa luego. Mis colegas se sentirían ofendidos. No les gustaría que yo atrapase al asesino.

El aire nocturno se pobló de alfilerazos helados. ¿Asesino?...

—¿Qué habla usted de asesinato? ¿No fué un atraco?

—Me pareció oír a dos de los que corrían mencionar un hombre muerto. Ahora que si usted estaba presente, y dice que fué un atraco...

—Yo no tengo ni idea, *sheriff*. Pudo ser un atraco, pudo ser un

asesinato. A mí tanto me da.

—Naturalmente, naturalmente. Yo me figuraba que usted podía informarme, puesto que corría con decisión, pisándole los talones al tipo. ¿No estaba usted pisándole los talones?

Otra vez aquella mueca de lobo al acecho. Y pensó Carfax en aquella novela donde un lobo iba trazando círculos en torno al trineo, como refocilándose en demostrar su superioridad, demorando el momento de hincar los colmillos. ¿Estaba Munroe jugando al lobo sádico, o era tan sólo un idiota?

—No sé si le pisaba los talones, porque siempre había unos cuantos delante de mí.

—Pero pudo ver al tipo, ¿no?

—Pantalones de franela, sin sombrero, una americana abierta flotando a cada lado de sus corvas, y talones dándole en los fondillos. Eso es todo.

—Una americana es confortable en las noches frescas como ésta. Debería usted llevar su americana, Carfax. Porque tiene la camisa empapada. Y podría coger una pulmonía de muerte.

—Tiene razón. Lo mejor será que vaya en busca de una americana.

—No se apresure, compadre. Debe tomarlo con calma. El mejor sistema es no estarse quieto. Camine un poco.

Y Brent Carfax caminó con Munroe a su lado. Pasaron cerca de un grupo, que comentaba que seguramente los más adelantados habrían ya cogido al maleante.

—Narices —comentó Munroe, continuando en su larga zancada—. No habrán atrapado nada. Porque estos ciudadanos ignoran el «abecé» de la caza humana. ¿No ha cazado nunca un dingo, Carfax, ese perro salvaje del país?

—Nunca.

—Son listos, y le marean a uno. Un dingo sale disparado en línea recta, y usted le sigue. Entonces, cuando, menos se lo piensa, se encuentra usted al dingo a sus espaldas. ¿Podría reconocer al tipo si le volviese a ver?

—Naturalmente.

—De todos modos, ahora ya no sirve de nada correr sin rumbo. Yo he cazado muchos dingos. Sólo para pasar el tiempo, mientras usted se entibia el cuerpo andando, evitándole una pulmonía de muerte, se lo voy a explicar...

Hizo Munroe una pausa. Como un lobo preocupándose por si el cordero tiene bastante lana.

—Hagamos una deducción, Carfax. El dingo, al saberse

perseguido, apenas gira una esquina, la de Virginia Alley, se esconde en un umbral. Deja pasar a unos cuantos y se mezcla con los perseguidores. ¿Se da cuenta, compadre?

Intentó Carfax estudiar la expresión de Munroe. Pero el ancho sombrero ahora lo tenía calado sobre las cejas, y sólo podía verse un brillo metálico en las cuencas oculares.

—Me doy cuenta de que todo es posible, Munroe.

Lo dijo procurando hacerse el sarcástico.

La diestra de Munroe cogiéndole el codo, le guió por una lateral. Volvían hacia Virginia Alley. Y ahora estaban ante una especie de parque con pequeñas edificaciones.

—Un campo universitario de verano, Carfax. Cuando están los estudiantes, rebosa de vida, pero así, desierto, es un poco tétrico, ¿no?

Todo le estaba, pareciendo tétrico a Carfax.

—¿Se aburrió de estar en las Playas Paraíso luciendo el tórax? —inquirió.

—Pasé allí la tarde, pero luego vine a echar un vistazo a los casinos. ¿Tiene una cerilla, Carfax?

Las tenía en su americana, dejada con el revólver en un oscuro portal.

—No.

—Es curioso, porque las distintas veces en que le he visto, fumaba.

—Las cerillas se arcaban, ¿sabe?

—¿Me da un cigarrillo?

—No. También se me acabaron.

—Es curioso que ante usted en mangas de camisa, sin tabaco, sin cerillas... Debe cuidarse mejor, compadre.

Sin saber por qué, tuyo Carfax la convicción de que el inspector Munroe estaba jugando con él como el gato con un ratoncillo. ¿Por qué?

—A lo mejor, usted sabe ya quién armó el lío en el segundo piso del club de las máquinas naranjeras, Munroe.

—Seguro que lo sé.

No eran las cuatro palabras lentas y burlonas, sino la mueca desdeñosa, lo que impulsó a Carfax.

Lanzó un gancho corto. Invisible, porque salió desde su muslo, levantándose entre ambos torsos. Carfax colocó en el gancho todo el peso de su cuerpo, dando un lento giro y alzándose sobre el tacón. La mandíbula de Munroe crujió, y a lo largo del brazo de Carfax miles de hormiguitas corrieron desde sus nudillos hasta el cuello.

Derek Munroe retrocedió unos pasos, «groggy». Llevándose la diestra a la funda pistolera, en reflejo muscular. Inclínándose un poco.

Carfax se proyectó hacia adelante en una serie frenética de ganchos cortos. A las costillas y estómago, en vaivén bien medido.

Le resultaba delicioso.

Derek Munroe, totalmente «k. o.», chocó de espaldas con el tronco de un árbol y fué resbalando como un enorme saco vaciado

Soplándose los nudillos, se arrodilló Carfax. Aunque su adversario estaba por unos largos minutos fuera de toda actividad, valía la pena prevenirse.

Sacó Carfax la pistola de su funda. Quitó el cargador, vaciando las balas, que tiró a un lado, echando el arma a otro matorral. Y para acabar de asegurarse la retinada, cacheó la cazadora y bolsillos.

Aquel policía era como «Dos Pistolas» Singaree. Tenía otra en el bolsillo interior de la cazadora. Un revólver.

«Colt» 7'65. El suyo, de Carfax.

En pie, se pasó la zurda abierta repetidamente por la nuca. Había misterios incomprensibles. Lo cierto era que Munroe había encontrado su americana; de aquí las preguntas acerca de tabaco, cerillas, el frío...

Y guardaba, su revólver como prueba. Pero había jugado demasiado al lobo. Olvidándose de que un gancho en el mentón, iniciando una serie en plexo solar y flancos, valía más que una pistola y un revólver.

Se colocó el maldito revólver contra la piel, sujeto por el cinto, bajo la corta camisa, cuyos faldones dejó sueltos.

Y ahora estaba ya fuera de la Ley. Seguía vivo, pero ya era un fugitivo.

Alejándose del parque universitario, pensó en sus tres problemas.

El primero se llamaba Derek Munroe. Posiblemente, Munroe no iría con su relato a la policía de Cairns. Equivaldría a degradarse, a ser objeto de la irrisión de sus colegas. Un vanidoso como Munroe, se callaría, pero cuando reemprendiese la caza del dingo...

Por de pronto no podía volver a reunirse con la manada de turistas.

El segundo problema era la policía de Cairns. Contarían ya con una descripción suya, aunque sabía ya que en casos idénticos, los «testigos» daban diversas versiones.

Caminando, se figuraba ya a los «testigos»:

»—Un metro noventa, ojos colorados, echando chispas, llevando un cuchillo en una mano y un enorme revólver en la otra...

»—Un metro sesenta, con una cicatriz en la mejilla y ojos negros furiosos...

»—Tenía aspecto de criminal nato...

Podía alojarse en cualquiera de los numerosos establecimientos con habitaciones independientes para turistas.

El tercer problema era el peor, Bud Harding. Él de las pupilas pardas, agresivo, sin escrúpulos... Ya se había quedado solo. Dueño absoluto de «Poppy». ¿Por qué no le había, liquidado a él? Dos tiros... en vez del que dedicó a Clay. Posiblemente estimó que la muchedumbre lo lincharía y después darían por asesino de los tres al difunto Brent Carfax.

Pasado un puente, arrojó al agua su maldito revólver. Rocas, arena, resaca, y mar. De allí no lo iba a sacar de nuevo Bud Harding ni Derek Munroe.

Aproximándose a la zona alejada de los casinos, donde se alineaban en cada acera, los letreros luminosos anunciando hoteles y habitaciones, pensó en Laura Keyne.

Cuando supiera que Clay Burton había sido asesinado... Entró en un bar, pidió un batido de frutas con ginebra, papel de carta, un sobre y pluma.

Al día siguiente, a primera hora, el «pullman» volcaría su humano contenido en el patio del Hotel Kerry-on-Rocks. Allí los turistas tras de un baño delicioso, se prepararían con un succulento almuerzo para visitar los picachos Wistling, desde donde se divisaba «el Panorama Más Grandioso del Universo».

Escribió:

«Querida Laura:

»No fui yo. Pero tuve que actuar como si lo fuera. Y el admirador que iba a pasar la tarde contigo en Playas Paraíso, me salió al encuentro. Tuve que quitármelo de encima. Jugaba conmigo, y me irritó. Voy a dormir en el «Grivers», donde me inscribiré como Wendel Bronson. Tengo sueño atrasado. Y olvídame, porque ya tengo que terminar con Bud. ¿Sabes una cosa? Me encuentro muy solo. Empezaba ya a acostumbrarme a verte aparecer en los momentos de apuro. No te cases con el Gary Cooper de pacotilla. No es un hombre decente. Demostró tener malas ideas. No se portó como un decente cazador, sino como un verdugo demasiado seguro de sí mismo. Bueno,

suerte, muchacha.

»B.»

Dejó el sobre bien engomado, escrito con letras mayúsculas:

«Para entregar a la Srta. Laura Keyne. Urgente.
Agencia "Kind-Rest".»

El conserje del «Kerry-on-Rocks» garantizó que le sería entregado a la señorita Keyne tan pronto llegase a primera hora de la mañana.

Y en su habitación del «Grivers», el turista solitario señor Wendel Bronson durmió a fondo, recuperándose de las inquietudes pasadas. El cuarteto siniestro quedaba ahora reducido a una pareja: Bud Harding y Derek Munroe.

CAPÍTULO XI

Había pedido que le despertasen con el desayuno a las diez de la mañana. Un servicio perfecto. Puntual. Porque un reloj lejano desgranaba, los diez toques cuando abrían la puerta y entraban la bandeja.

Un succulento mostrador. Huevos y jamón. Café, tostadas, mermelada de naranja, mantequilla, bollitos...

Y una camarera muy apetitosa. Aunque tuviera una expresión triste.

—Hola Brent. He dicho que era tu esposa. Me dieron tu carta a las nueve, apenas llegada. Pude zafarme del resto, prometiendo que a las once estaría de vuelta. Pero si es preciso, lo abandono todo, Brent... ¿Cómo te encuentras?

Brent Carfax, en camiseta, removi6 las largas piernas bajo las sábanas. Mirando, ceñudo, hacia la entrada, de la habitación.

—Me dejaron la llave Brent. Como les dije que era tu esposa...

—Me temía que vinieses...

—¿Temías que viniese? No te entiendo, Brent.

—Por de pronto vuélvete de espaldas, para que mi pudor sea respetado.

Obedeció ella, dejando la bandeja sobre una mesita. Carfax abandonó la cama, se enfundó el pantalón, y aproximándose al cuarto de aseo, dijo:

—No deberías estar aquí. Pero debí empezar por no decirte dónde me escondía.

Se frotó bajo el agua con ansia. Necesitaba despejarse, tener bien clara la mente. Y al sentarse para desayunar, ella le fué sirviendo. Una escena hogareña. Si no estuvieran al acecho Derek Munroe y Bud Harding.

—¿Qué piensas hacer, Brent? —inquirió ella, sentándose frente a él.

Carfax deglutió con un apetito atroz. Y al tomar el café, dejó de sentirse un forajido, que comía como un ogro, huyendo de la Ley. Recordaba que la noche anterior había hecho mucho ejercicio, y no había cenado.

—¿Qué hay de Munroe?

—No le he visto. Ayer tarde, a las siete, dijo que iba a dar un

paseo, y no pude impedirselo.

—Me lo encontré encima, apenas habían matado a Clay.

Procuró relatar con detallismo imparcial lo sucedido. Epilogando:

—Se estaba refocilando conmigo, y tuve que colocarle el puñetazo oportuno. Al venir hacia aquí, ¿miraste si te seguían?

—Nadie me siguió. Estoy segura, Brent. Pero ahora ¿qué piensas hacer?

—No tengo aún la menor idea. Lo que sí sé, es que tú no debiste venir.

—Tenía que verte. Yo creo... que debes ir a la policía. Contarles todo, tal como ha sucedido.

—Después de pegarle a Munroe, no puedo arriesgarme. Es una agravante.

—No, si te presentas... Escucha, Brent, no puedes seguir así. Ahora, tu única solución es presentarte a la policía... o huir.

—Prefiero la segunda solución.

—Y yo puedo ayudarte. Puedo conseguirte un coche. Puedo viajar contigo hasta el puerto más cercano. Y luego, desde lejos, escribiremos...

—¿Tú y yo? Pero, ¿por qué te empeñas en...?

Se interrumpió Carfax. Había preguntas tontas. Bastaba mirarla. Bastaba apreciar que estaba dispuesta a abandonarlo todo. Se puso en pie, y cerró los brazos en tomo a la que, ocultando el rostro en su pecho, susurraba:

—Empecé a quererte teniendo sólo dieciséis años, Brent. Y desde entonces sólo he pensado en ti. Soy testaruda, ¿verdad?

Alzó ella el rostro, y los labios eran una tentación. Brent Carfax besó con cariño. Eran dulces aquellos labios. Era una delicia aquella novia fiel...

La apartó bruscamente.

—Se acabó, muchacha. Sí, te quiero. Está bien. Tú ganas. Estoy seguro que me quieres. Pero se acabó.

Las mujeres eran un prodigio de inconsciencia. Allí estaba ella, redondeando los ojos, asombrada. Preguntando:

—¿Por qué ha de acabarse lo nuestro, Brent?

—¡Maldita sea! ¿Es que crees que te conviene tener un aspirante a marido que antes de comprar el anillo tiene que responder por tres asesinatos?

—Pero tú no has sido...

—Eso lo sabemos tú y yo. Nadie más. Escucha, nena... Vuelve a tu «pullman», y algún día, si esto se soluciona bien, entonces...

Denegaba, ella, volviendo a acercarse, presentando aquellos labios tan sabrosos porque eran de enamorada fidelísima. Demasiado fiel... Había que variar la técnica.

Y Brent Carfax hizo una mueca, cínica.

—Bien, ya que quieres saberlo, vas a oír cuáles son mis planes. Ponerme en contacto con Bud. Ofrecerle el reparto de «Poppy», y aceptará porque le tiene cuenta que yo me calle.

—Te matará.

—Ya sabré negociar a cubierto de todo riesgo.

—Pero eso es inmoral, Brent.

«¿Conque inmoral, eh?», meditó Carfax. La enlazó, para estrujarla con voluntaria torpeza, con maliciosa insistencia de ávido Adán... Forcejeó ella, apartándose para decir sonrojada:

—No debes... Está mal eso, Brent. Yo...

Y empezó a sollozar. Había que ser fuerte. Tenía que dominar su impulso de acariciarla con cariño. Forzó una mueca cínica.

—No seas tonta, pequeña. Cuando Bud me dé el cuarto de millón, puedo comprarte un «pullman» para ti sola. Ven aquí, cerquita...

Retrocedió ella, y con entrecortados sollozos, balbució:

—¡Te... odio, Brent Carfax! ¡Te... odio!

Salió corriendo, imagen de la desilusión dolorida. Brent Carfax alzó los hombros. Al menos, en aquel complicado viaje, que ella no saliera perjudicada. Ya se repondría. Ya encontraría otro galán... Tal vez Munroe.

No, Munroe no, porque tenía apariencia de hombre cabal, y era un sádico verduguillo.

Una mujer decepcionada podía convertir su amor en rencor. Brent Carfax decidió abandonar rápidamente el «Grivers», por si la decepción cruenta impulsaba a Laura a la delación.

El sol rutilaba, y las playas estaban concurridas. Mucho movimiento de autocares, coches y turistas.

Uno más pasaría inadvertido. Subió en el autocar que iba hacia los pintorescos picachos Wistling. Numerosos paradores. Vistas espléndidas.

Bajó ante el parador «Caledonian». Un magnífico edificio solitario en la cumbre de una colina. Con terrazas-bar, dominando un magnífico y extenso panorama. Pero sólo un panorama interesaba al turista Carfax.

El teléfono. Cuya guía correspondiente a Hayman Island no contenía un anuncio de las actividades de Bud Harding. Se limitaba a dar su teléfono y dirección. Llamó.

Contestó una voz de mujer. Posiblemente estaba casado aquel granuja...

—¿Bud Harding?

—¿Quién lo llama?

—Un antiguo amigo. Dígale que estoy ansioso por verle.

—Tendré que despertarle.

Otro con insomnio.

—Aguardaré. Pegado al auricular.

Pasaron unos segundos, y sonó la seca voz bien conocida de Pupilas Pardas:

—¿Qué hay? Bud Harding a la escucha.

—Escucha, pues, compadre. ¿Sabes quién soy?

—Tu voz me es muy familiar, viejo. Además, mentiría si te dijese que no te esperaba, que me das una sorpresa y demás mentiras... ¿Qué tal?

—Rabiando, como puedes suponerte. Y la aspirina no me sirve. Tenemos que vernos, Bud. Pero frente a frente, para tratar de negocios.

—¿Qué negocios? ¿Dónde estás?

—Ve pensando en tus intereses, que son los míos a medias, Bud. Hemos de vernos.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Dime tú mismo.

—Pues verás... He leído la prensa, y no me gustaría tu visita, porque puede complicarme... Podemos convenir un sitio cualquiera.

—Por ejemplo...

—Lláname dentro de un par de horas. Ahora son las... once y veinte. ¿A las dos, te viene bien?

—Tengo prisa, ¿comprendes?

—Yo también, muchacho, yo también. Pero tenemos que pactar con buen sentido, sin perjudicarnos... Lláname a las dos en punto.

Y Bud cortó la comunicación. Brent reflexionó. Daban por hecho que estaría aguardando hasta las dos. Daban por hecho que era tonto. Como si no adivinase que en la pausa establecida al dejar el auricular la mujer, hubo «consulta».

Y Bud Harding, indicándole a su esposa, amiga o quienquiera que fuese ella: «Corre al teléfono más próximo, para informarte desde dónde me llaman».

Ahora, Bud ya sabría que su gran amigo Carfax le había llamado desde el parador «Caledonian».

¿Vendría él? ¿Acudiría la policía?

Vendría él.

No le interesaba que la policía supiera lo referente al lanchón «Poppy», hundido con oro que fué propiedad de un aventurero muerto en alta mar.

Ahora, se trataba de elegir el sitio adecuado para la espera. Un lugar desde el que pudiera dominar la carretera, viendo sin ser visto.

Y pidió un combinado, instalándose en el kiosco con «vistas a los cuatro puntos cardinales, en el mágico escenario de los Picachos Wistling».

Un sitio ideal como observatorio. No le podían ver desde la carretera, ni de ninguno de los senderos para alpinistas que cruzaban valles y crestas.

Abrió el periódico. Citaban la muerte de Clay Burton, pero no daban la menor noticia acerca de quién pudiera ser su asesino. Varias descripciones contradictorias de diversos testigos, eran descartadas por la policía.

Un camarero iba anunciando algo. Yendo de terraza en terraza, hasta que llegó al kiosco, para reiterar con tono monótono:

—El señor Budding llama a su comunicante al teléfono.

Se levantó Carfax. Era prudente Bud Harding. Empleaba su apodo de guerra.

Dirigiéndose a la cabina, Brent Carfax recordó también sus tiempos de guerra.

Miraba en torno, deslizándose con aprovechamiento de «coberturas», porque al aparato podía estar la mujer que respondió por primera vez al teléfono, y en posición de tirador Bud Harding.

Descartó la idea, aunque volviéndola a la inversa, al entrar en la cabina y oír la voz de Bud Harding:

—Por fin, compadre... Escucha atentamente.

Sentado, siguió Carfax estudiando el terreno. Pero el vestíbulo no presentaba ninguna variante de otro idéntico en parador montañoso.

—Soy todo oídos, Budding.

—Resultas algo peligroso para tratar de negocios. Me ha sido preciso escoger un lugar de cita, y además buscarme una garantía.

—¿Garantía?

—Te espero en la rotonda de las Gaviotas Azules. Dista sólo media hora a pie del parador en que te hallas. Sé que no tienes coche, y que has viajado en «pullman» abandonándolo en Cairns. Ven cuanto antes.

—Hagámoslo más fácil para ambos, Bud. Puesto que sabes dónde estoy, y no ignoras que me gusta alternar con grandes

manadas de turistas, acude al kiosco de este parador.

—Imposible. Antes de llamarte, telefoneé a otro parador, y tuve la suerte de ser creído por una gentil damisela. Viene ella corriendo hacia la rotonda de las Gaviotas Azules, angustiada, pensando en que has sufrido un accidente, y que un turista te ha encontrado. No pierdas tiempo, Brent. Ella es la mejor garantía de que no faltarás a la cita. Te espero.

La ebonita del aparato se convirtió en manija estrujada sudorosamente, pero ya no tenía utilidad seguir escuchando, porque Bud Harding había colgado su teléfono.

—¿La rotonda de las Gaviotas Azules? —repitió el conserje—. Mire, señor... Allí mismo la tiene. Un sitio precioso

Brent Carfax veía un murallón de granito con muchas grietas, arbustos floridos, y un sendero remontándose en espiral.

—A pie tardará usted una media hora. Claro que con el coche puede llegarse hasta el mirador de los Diamantes. Y entonces sólo unos diez minutos andando hacia arriba...

Brent Carfax salió con un apresuramiento que el conserje catalogó de ímpetu excursionista.

Se trataba para Carfax de llegar a la rotonda donde aguardaba Bud Harding antes que Laura Keyne acudiese «angustiada, pensando en un accidente»...

El accidente lo estaba preparando Harding.

Había varios coches aparcados, Brent desfiló por entre ellos. Ninguno tenía la llave de contacto. Pero un descapotable «Kerra 8» acababa de ser abandonado y sus dos ocupantes, una pareja muy acaramelada, se dirigía hacia el bar de la piscina.

Aguardó Carfax impaciente, hasta perderlos de vista. El amartelamiento masculino tenía sus ventajas. Aquel tórtolo había dejado la llave del contacto.

En cambio, también tenía sus desventajas el enamoramiento.

Allí estaba él, pisando a fondo el acelerador, embalandose hacia el lugar que una de las varias flechas en una pancarta señalaba como «Mirador de los Diamantes».

Aquella carretera era una montaña rusa con virajes repentinos, casi imprevistos... Chirriaban las ruedas posteriores, rasando el abismo. Por fin, la rotonda-mirador cerró el paso. Había otros coches.

Brent Carfax saltó, corriendo hacia el sendero marcado: «Rotonda Gaviotas Azules». Ascendía como si fuera un sacacorchos de punta hincada en el otro mirador, y de terminal en plano.

Se detuvo en una revuelta, tomando aire. Insensible a las

bellezas panorámicas, y sólo anhelando ver a Laura. Sonrió con inmensa gratitud, porque ella venía subiendo, y aminoró su apresuramiento al verle...

Y fué curioso que como primera caricia, sólo supieran estrecharse las manos, contemplándose con gran complacencia. Pero de pronto, él recordó:

—Ha preparado una trampa, el muy canalla, y un poco más caes en ella.

—Pensaba que estabas malherido, Brent. Y viéndote así, me... pone tan contenta que ya nada importa. Nada... De veras.

Parecían enteramente aislados del mundo en aquel sendero que se remontaba entre arboleda y florida vegetación.

—Vuelve atrás, Laura. Yo tengo que acabar con Bud, que además de asesino cobarde es un canalla que quiso mezclarte...

—Tienes que escucharme, Brent. Me han seguido.

—¿Quién?

—Derek Munroe y el constable Howard. Han estado espíandome. Deben ahora estar en el mirador de los Diamantes.

—Magnífico. Vamos a dar media vuelta, querida.

—Pero... ¿qué vas a hacer?

—Lo que debí hacer ya al principio. Hablar con el constable Howard.

—Te detendrá.

—Exactamente lo que corresponde es esto, Laura. Allá arriba está Bud, y puede acudir si nos ha visto. Vamos.

Dos sombras iban aproximándose... Sombreros anchos, cazadoras, placas brillando como el metal de las culatas y el broche policial del cinto.

—Hola, hola —saludó Carfax—. Aquí estoy, constable. Muy contento de verle.

Las dos sombras se aclararon en la vuelta del sendero, y Derek Munroe comentó cansinamente:

—No hay quien entienda a este tipo.

—¿Qué le dije, Munroe? —afirmaba complacido Garl Howard, eufórico el caballuno semblante—. Bastaba vigilar a la chica, para coger a Carfax. Aunque no pensé que sería usted tan dócil, Carfax. ¿Cansado de huir y esconderse?

—Estoy cansado de inquietar a esta gran chica, que no sabiendo nada de lo que me sucede, estaba comprometiéndose demasiado. Ahora mismo hay un compadre acechando allí en lo alto, o por las cercanías, y podría alojarle un balazo a Laura. Y la única manera de protegerla, es que me detenga usted, constable

Howard, y charlemos de todo lo sucedido.

—Bien, pues no deja, de sorprenderme, Carfax, palabra —manifestó Howard avanzando unos pasos—. Estése tranquilo mientras le coloco las esposas, ¿quiere? Tendremos en cuenta que al final se ha portado noblemente.

—Sí. Muy noblemente —repitió Munroe.

Pero lo dijo de una manera extraña, pensó Carfax. Y respingó al ver cómo Munroe tras su jefe, empuñaba su pistola por el cañón y alzando el brazo lo bajaba rápidamente.

Asestando un bestial culatazo en la cabeza del constable Garl Howard. Que, pesadamente, como un fardo, se desplomó de cara contra el suelo y quedó totalmente inmóvil. La sangre empezó a destilar de la brecha entre los grises cabellos.

CAPÍTULO XII

Era como una pesadilla. Donde lo recto y lógico se convertía en horriblemente absurdo. Y donde las cosas se veían nebulosas. El cañón de la pistola que Derek Munroe le dirigía; la mano derecha del constable crispada en torno a las esposas; los abiertos labios de Laura Keyne, incapaz de poder emitir el grito que su contraída garganta se negaba a liberar...

Y por fin, la voz de Laura, temblorosa:

—Está usted loco, Derek.

—¿Sí? —inquirió amablemente Munroe. Seguía encañonando a Carfax—. Este hombre está reclamado por asesinatos. Da otro paso más y lo tumbo... No habrá jurado.

Brent Carfax apartó, enlazándola por el talle, a la que estaba interponiéndose entre ellos dos.

—Veo la idea, Munroe. Podrías explicar el balazo en un fugitivo como yo. Pero no podrías explicar lo sucedido con Howard, y ella es testigo.

Cuando terminó la frase, era él quien se interponía entre la pistola empuñada por Munroe y Laura.

Y unos pasos crujieron, bajando.

Brent Carfax consiguió colocarse de modo que entre la pared rocosa y su cuerpo quedaba casi aprisionada Laura. Y dijo:

—Quietecita, nena, muy quieta ahora. Hola, Bud.

Bud Harding parecía un caminante ocioso. Con ambas manos en el bolsillo de su chaqueta de punto. Brillantes las pardas pupilas.

—Pero, ¿qué, qué significa todo esto, Brent? —susurraba ella, ahogadamente.

—Parece complicado y no lo es. ¿Verdad que no, Budding?

Bud Harding, deteniéndose a tres pasos, miró con rabia contenida a Derek Munroe. Y comentó, incisivamente:

—Esto empezó siendo fácil, pero lo has puesto difícil, Derek. Has matado al constable. Teníamos sólo que atrapar a Brent... y ahora hay además del constable, una chica. A la que yo llamé, sólo para discutir con Brent...

—Tuve que hacerlo —y con su arma señaló Munroe al inerte Howard—. El viejo, por su cuenta fué atando cabos, y encontró la relación entre Hugo, Trevor, Clay y éste.

Señalaba ahora con el cañón a Carfax.

—Se reunió conmigo en Cairns —añadió—, y dijo que debíamos seguir a esta chica. No podía yo impedírselo.

De nuevo, ahogada la voz, susurró Laura:

—Es increíble... Derek Munroe y estos hombres...

—Acertaste cuando hablabas del tercer hombre, nena. Sólo que no sabíamos quién era. Y ahora, ¿qué va a pasar, Bud? Si éste me pega un tiro, tendrá también que liquidar a Laura. De nada te servirá entonces todo el oro de «Poppy»... Piénsalo, Buddy. Nada de matanzas.

—Vaya quién habla. Tú que liquidaste a nuestros tres compadres...

La tensión de los minutos iba acrecentándose. Carfax replicó calmosamente:

—Te engañas a fondo, Budding. Este tipo me baleó en Sydney. Yo creí que era un mal tirador el que me había baleado. No, no... Yo creí también que el inspector Munroe era un estúpido. No, no... Al disparar contra mí, falló deliberadamente para que yo, furioso, empezase a visitar a mis compadres. Él detrás. Él me tenía como licencia para matar. Él os avisaba con recorte de periódico. Él os hacía creer que yo acudiría para daros muerte. Y él iba así liquidando la cuadrilla.

Mientras hablaba, Carfax procuraba no volver a mirar hacia el suelo. Porque allí donde antes estaba la diestra del constable Howard, empuñando unas esposas, sólo había césped.

La diestra había cambiado de sitio.

Bud Harding rezongó, inquietos los ojos:

—¿Qué tratas de insinuar, Brent?

—Lo muy listo que es Munroe. Fíjate en él. Mira cómo escucha atentamente, porque le gusta que se den cuenta que es muy listo. ¿Cómo empezó la cosa? Posiblemente porque él era amigo del que matasteis a bordo de «Poppy».

»Él estaba esperando el oro, y en vez de oro supo que cuatro hombres habían regresado de Borneo. Conocía seguramente sus identidades, facilitadas por su amigo desde Borneo... Seguramente por entonces no era policía... ¿Vas comprendiendo, Budding? Os dejó comprar terrenos, con la sana idea de terminar con vosotros en el momento oportuno. ¿Por qué repartir con vosotros cuatro? Y entonces, al llegar yo, vió el infierno abierto. Bastaba colgarme los muertos a mí. Bastaba seguirme, bastaba jugar conmigo, como ayer noche, en que pudo colocarme las esposas, y me dejó escapar, porque necesitaba que yo te rondase como ahora, Bud, para pegarte

el último tiro. Tiene todos los triunfos el muy canalla de Derek Munroe... Cuidado ahora, Budding, porque el primer soplo de plomo te lo vas a llevar...

Se estaban observando ellos dos, y Carfax vió que el brazo derecho del constable Howard estaba ahora junto a su cadera.

Bud Harding dijo con impaciencia:

—No me gusta el sonido de las palabras que...

—¿Te gusta este otro sonido? —preguntaba Munroe.

Una pregunta decisiva, porque a la vez restalló el disparo, chocando contra el pecho de Bud Harding que sacaba las dos manos de sus bolsillos.

Y gritó agudamente Laura Keyne, mientras, volviéndose, Brent Carfax la abrazaba, empujándola, derribándola...

Desde el suelo el segundo disparo corrió a cargo del constable Howard. Y en la diestra de Derek Munroe ya no había pistola, sino su otra mano, crispada, en torno a la brecha del balazo certero, que le había desarmado.

Y con el coraje de un bisonte loco recordando a Hugo Horsel, con la furia inquieta de Trevor Baker, y el ánimo desesperado en rabia de Clay Burton, se abalanzó Brent Carfax.

Para Laura Keyne actuaba como el ídolo del rugby. Sólo que el balón era Derek Munroe.

Pero desde el suelo, antes de perder el sentido de nuevo, exigió Howard:

—Testigo principal es Bud Harding, y que el verdugo se encargue de...

Interrumpiéndose contra su voluntad, dejó de hablar Garl Howard.

Pero ya había comprendido Brent Carfax que era preciso que el asesino tuviera el castigo legal. Lento, seguro y sin misericordia alguna.

Hubiera sido demasiado misericordioso terminar con Derek Munroe a puñetazos y puntapiés.

Garl Howard, con la cabeza vendada, y grandes ojeras, frunció los labios en mueca de contento. Por unos instantes, pensó Carfax que el constable iba a relinchar.

Laura Keyne pensó que el constable Howard era el prototipo de policía honrado, oportuno y eficiente.

—Bud Harding se ha entusiasmado hablando, Brent. Estaba convencido que era usted el que había liquidado a sus amigos. Y al

saber que era Munroe, se ha sentido poseído de una virtuosa indignación.

—En el fondo, poca condena puede salirle a Bud. No mató a Donald Masters, el que tenía que traer el oro viajando a bordo de «Poppy». Además, Masters era un bribón que traficó con los japoneses. Lo que no acabo de comprender es cómo entró Munroe en contacto con ellos. ¿Era ya policía?

—Munroe y Masters eran cuñados... Cuando Masters enviudó en Borneo, cerca ya el final de la guerra, avisó a Munroe valiéndose de un marinero herido, con licencia de convalecencia, que le llevó una carta. Naturalmente, cifrada. En ella, le explicaba Masters que se disponía a sobornar a los del «Poppy», y transportar el oro. Daba los nombres de todos ellos, asegurando que salvo un tal Brent Carfax, que lo ignoraba, y al cual posiblemente sería preciso eliminar, los otros cuatro eran seguros. Mandó un cable cifrado el mismo día que emprendía el viaje.

—Y Derek Munroe se cansó de esperarle.

—Pero por entonces la policía andaba escasa de elementos, y Munroe se enroldó en la de carreteras, de este condado. Porque había dado ya con los domicilios de los cuatro cómplices. Como policía desempeñó el papel de hombre recto, de pocos alcances, engañándonos a todos. Pero también como policía, visitó a Bud Harding y a Trevor Baker. Los dos que consideraba más inteligentes. Les expuso claramente que sabedor de las compras de terrenos que estaban verificando, mantendría silencio, a condición de su quinta parte. No mencionó para nada su lazo familiar con Masters. Les podía haber alarmado, incitándoles a pensar que podía buscar venganza, hilos sólo vieron a un policía que había efectuado indagaciones y que sabía que en la laguna de Pishers Frog, estaba un lanchón hundido conteniendo cajas con oro. Tenía que esperar a que compradas las últimas seis cabinas, quedase cerrado el acceso a los muchos bañistas, pescadores y curiosos. Pero entonces apareció usted...

Con la pausa, sonrió Howard, cerrando los ojos, y frunciendo el caballuno semblante, porque la mueca le había repercutido en el cráneo.

—El resto ya lo sabemos, constable. Y de no haber sido por su intervención, tal vez Munroe se habría salido con la suya.

Luego, junto a Laura, caminando con las manos entrelazadas, como colegiales en vacaciones, dijo Carfax:

—Una cabeza dura como la de Garl Howard es de alabar. Y ya ves cómo las apariencias engañan. Primero creí que era la

reencarnación de un caballo trotón, pensando sólo en el pienso, y resultó inteligente. Creí que Munroe era un vanidoso estúpido, y resultó... Olvidémoslo.

Laura Keyne se estremeció y, apretándose un poco más contra el hombro de su ídolo, susurró:

—¿Qué piensas hacer con la quinta parte que te pertenece según la ley que ha citado Howard?

—Alquilar un «pullman» para nosotros dos solos. Primera escala: vicaría. Segunda escala: anillo. Bueno, el orden de los factores no altera el producto. Y en lo sucesivo, sólo me darás clases a mí, y sólo a mí me enseñarás todas las bellezas panorámicas que... Esto es.

Con gran elocuencia, Brent Carfax trocó las palabras por besos.

Un guardia se aproximó, gruñendo:

—Circulen, circulen, pareja. Los entusiasmos amorosos en casita, ¿estamos?

—¡Oh, sí, señor guardia! —rió Laura Keyne, muy dócilmente—. A eso vamos. A encontrar casita. ¿Verdad, señor Carfax?

—¡Oh, sí, señora Carfax!

El guardia sonrió comprensivo. Eran naturales las expansiones amorosas en primavera, en el mejor clima del mundo, y en el condado de los «Más Maravillosos Paisajes del Universo».

FIN

*—Así se presentaba el
asuntillo que me traía
de cabeza aquellos días:
¿cómo librarme del
fiambre con la policía
tras mi pista?*



Créame, amable lector,
nunca pasé tan malos
ratos como los que,
gracias a la colabora-
ción de mi buen amigo

MIKKY ROBERTS

les cuento en las páginas de

CRIMEN, Sociedad Anónima

No es que yo sea un tipo blando, pero cada vez que
recuerdo los modales de "mis amigos" noto un
escalofrío de verdadero terror

En fin, juzgue usted mismo, leyendo

CRIMEN, Sociedad Anónima

novela incluida en la famosa

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

que la publicará la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ÚLTIMOS VOLÚMENES PUBLICADOS

A 5 PTAS.

COLECCIÓN "BISONTE"

466. — Donald Curtis
LOS ANGELES NO MATAN

COL. "SERVICIO SECRETO"

330. — Peter Debry
TURISMO SANGRIENTO

COLECCIÓN "BÚFALO"

163. — Tex Taylor
TIERRAS DE MONTANA

COLEC. "Salvaje TEXAS"

31. — M. L. Estefanía
EL SILENCIO DEL PLOMO

COLECCIÓN "CALIFORNIA"

10. — Rogers Kirby
EL LOBO DE MISSOURI

A 5'50 PTAS.

COLECCIÓN "PIMPINELA"

525. — Armando Sandoval
RUTAS IGNORADAS

COLEC. "MADREPERLA"

421. — Isabel Salueña
VÍCTIMAS DEL PASADO

COLECCIÓN "ROSAURA"

365. — Carlos de Santander
MANUELA GARCÍA

COLECCIÓN "AMAPOLA"

252. — G. Colomer
RENACE UN CORAZÓN

COLECCIÓN "ALONDRA"

204. — Mercedes Muntó
ENAMORADA

COLECCIÓN "CAMELIA"

146. — María Nieves Grajales
NUNCA LO SABRÁS

COLECCIÓN "ORQUIDEA"

115. — María Lar
TULES BLANCOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona • Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

*¿Recuerda usted cómo
quedó el último episo-
dio de EL CAPITÁN
TRUENO?*



Esta semana podrá usted despejar la incógnita que
planteaban las aventuras de tan sensacional perso-
naje

No deje de leer

LA MONTAÑA DE LOS ENANOS

¡Un nuevo episodio tan apasionante como los an-
teriores!

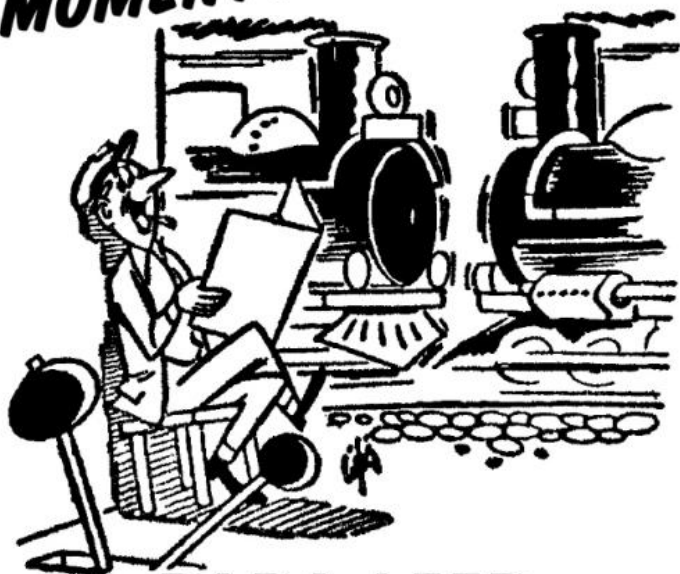
Precio: 1'25 Ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El **DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



COLECCIÓN DAN

ofrece a todos sus lectores esta misma semana, un nuevo episodio del famosísimo

V E N D A V A L , EL CAPITAN INVENCIBLE

Luchas emocionantes y aventuras sin igual, le aguardan en las paginas de

EL IMPERIO DEL MAL

¡No deje de adquirirlo!

Precio: 1'25 Ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Chistes y narraciones
humorísticas forman el
contenido de*

SELECCIONES DE HUMOR DEL D. D. T.

¡La más completa re-
copilación de firmas
nacionales y extranje-
ras!

APARICIÓN SEMANAL

Reserve con tiempo su ejemplar, porque usted no
puede dejar de leer

SELECCIONES DE HUMOR DEL D. D. T.

¡Comprimidos de alegría al módico precio de 2 ptas.
ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



*Michael O'Shea
y Susan Hayward*

N.º 375 La pareja protagonista de "Aventuras de Jack London" estaba formada por estos dos primerísimos actores americanos. Susan ha intervenido entre otras en "Las nieves de Kilimanjaro", y Michael en "La rubia fenómeno".

Foto UNITED ARTISTS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 4

Notas

[←1]

Fuerzas australianas equivalentes a los fusileros de Marina estadounidenses.

[←2]

Hombre del bosque. En Australia los vaqueros del Noroeste reciben este apodo.

Aparatos donde giran independientemente tres rodillos que llevan en colores naranjas, limones y campanillas. Se introduce la moneda y se mueve una palanca, para poner en rotación las tres bandas. Si al detenerse coinciden las tres naranjas, la máquina expulsa en la copa destinada a ello, treinta medias coronas. Si salen las tres campanillas, la máquina emite un campanilleo y la casa de juego paga cien libras esterlinas.